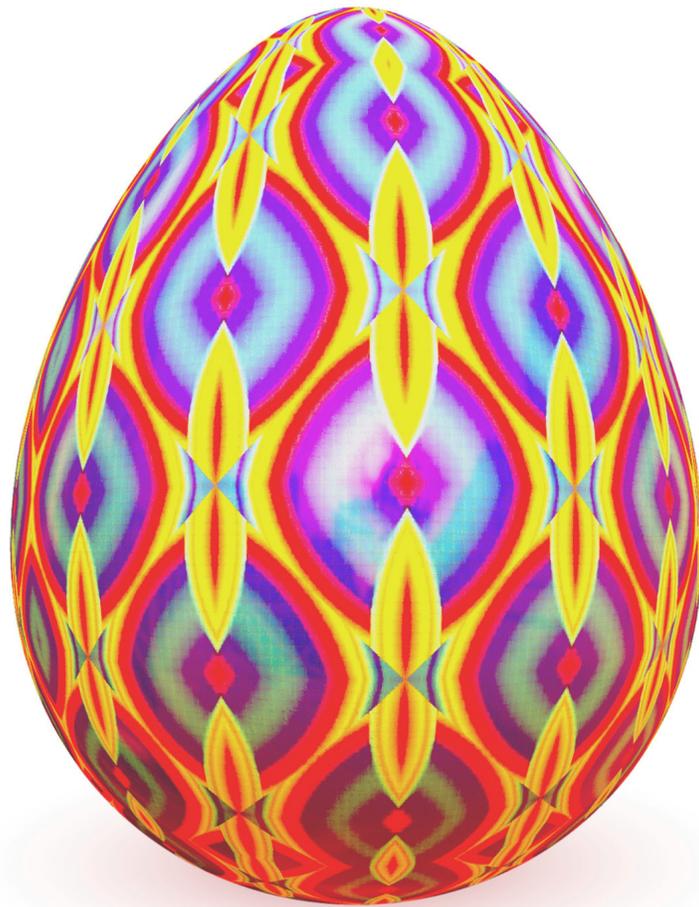


PALABRAS FRACTALES

literatura fractal y otras aproximaciones

Pablo Paniagua




ALITA
DE MOSCA

PALABRAS FRACTALES

(LITERATURA FRACTAL Y OTRAS APROXIMACIONES)

Pablo Paniagua

Derechos Reservados - Copyright © 2007 Pablo Paniagua

<http://literaturaindie.mex.tl/>

PALABRAS FRACTALES

Pablo Paniagua

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido de la presente obra en cualquier forma, sea electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

¿QUÉ ES LA LITERATURA FRACTAL?

Para responder a esta pregunta nos tenemos que remontar al año 1497 cuando un monje italiano, Lucca Paccioli, dio a conocer lo que era “la divina proporción”, título del libro de su autoría donde explica los secretos de la “sección áurea”, proporción matemática que se basa en una regla de tres para establecer el equilibrio adecuado entre las partes de un todo. Esta división armónica ya fue utilizada desde la antigüedad, y casi siempre en arquitectura, por los egipcios, griegos y romanos, y más tarde en pintura por los grandes maestros del renacimiento, para establecer las reglas que les permitieran lograr una perfección compositiva.

Aquí nos damos cuenta de la importancia del “número” (lo cuantificable, lo que se puede medir), algo que ya dedujo la Escuela Pitagórica cuando equiparó la realidad al número; para ella los números gobiernan al mundo y el Universo es ritmo, o sea, que lo cuantitativo está presente en todo. A partir de ahí es comprensible que, para imitar el patrón superior, el hombre tratara de unir las matemáticas y el arte en búsqueda de la perfección: catedrales, esculturas, pinturas, todo hecho respecto al número, las matemáticas aplicadas al espacio: la geometría.

“Geometría”, ésta es la palabra, el punto de partida hacia lo fractal, pues lo fractal pertenece a un modelo geométrico donde la sección áurea se equipara a una semilla sin germinar. Y ahora, a este respecto, aunque sea por semejanza botánica, me remito al concepto de “rizoma” en el que Gilles Deleuze y Félix Guattari se basan, según nos explican en su libro *Mil Mesetas*, para organizar un sistema de multiplicidad que se expande a través de diferentes estructuras que son análogas a los rizomas de las plantas, y así explicar, con esta metáfora, los nuevos comportamientos sociales en el capitalismo tardío. El concepto de rizoma es bastante similar, en su estructura organizada, a lo que se desprende del orden fractal, con la salvedad de que en este segundo término los elementos que lo componen son más limitados y se generan a partir de sí mismos: son “recursivos”. Los fractales serían como una semilla geométrica que, al germinar, mediante la intervención de un proceso de algoritmos matemáticos, se expandiera de forma semejante al rizoma de una planta: un punto de fuga al inverso generado por la repetición de sus mismos elementos.

Esta expansión fractal la podemos encontrar, de manera concéntrica, en el origen y evolución del Universo, según las teorías del “Big Bang” (de Georgy Antonovich Gamov, en

1948) y la “Inflacionaria” (de Alan H. Guth, en 1981). Millones de estrellas y planetas en expansión, donde con ellos también se propagan el tiempo y el espacio, cuando nuestro mundo, nuestro planeta y nosotros, somos una minúscula partícula de todo ese entramado, de tal modo que nos encontramos, como individuos, en un mega-sistema de semejantes características: dentro de una sociedad que está compuesta por una especie humana, que puebla y se relaciona de manera fractal, dentro de un planeta que forma parte de un sistema solar que forma parte, a su vez, de un Universo de características fractales. Por tanto, estamos marcados por la fractalidad desde lo más profundo de nuestro ser hacia el exterior: átomos, moléculas, células, tejidos, órganos... hasta completar un cuerpo que está regido por un cerebro con millones de neuronas interconectadas fractalmente. Toda partícula forma parte de un algo y ese algo es la parte de un complejo superior que es la parte de otro que lo supera en magnitud, o sea, que nuestro Universo y nosotros mismos estamos determinados, sin lugar a dudas, por un orden fractal.

La Real Academia Española de la Lengua nos ofrece la siguiente definición: “Un fractal es una figura plana o espacial, compuesta de infinitos elementos, que tiene la propiedad de que su aspecto y distribución estadística no cambian cualquiera que sea la escala con que se observe.”

Ya, más o menos, nos vamos haciendo una idea de lo que es un fractal: un sistema complejo que se multiplica hacia el infinito a partir de sí mismo o, como lo definen en Wikipedia: “Un fractal es un objeto geométrico cuya estructura básica se repite en diferentes escalas. El término fue propuesto por el matemático Benoit Mandelbrot en 1975. En muchos casos, los fractales pueden ser generados por un proceso recursivo o iterativo, capaz de producir estructuras auto-similares independientemente de la escala específica. Los fractales son estructuras geométricas que combinan irregularidad y estructura.” Esta última explicación, desde luego, es mucho mejor que la de la Real Academia Española, y, a partir de ella, nos hacemos una idea de lo que es un fractal.

Ahora, ya teniendo el concepto establecido, podemos partir desde este punto para llevar su aplicación a la literatura.

Está claro que a una oración, compuesta por un sistema de signos con sus significados y significantes, no se la puede someter a la secuencia de un algoritmo fractal pues perdería su coherencia sintáctica; pero lo que sí se puede es imitar los modelos fractales, respetando la sintaxis, para generar oraciones y textos que conformarán lo que se puede denominar como “literatura fractal”. Por tanto, la literatura fractal sería aquélla que multiplica los signos

lingüísticos, dentro de un orden sintáctico, como si se tratase de un juego de espejos que busca en esa repetición, en ese juego, una dinámica dentro de lo infinito, de lo laberíntico o lo circular; o dicho de una manera más sencilla: la literatura fractal es aquella donde se multiplican por sí mismos los elementos que la componen.

Existen dos artículos en la “web” que tratan de fijar este concepto. El primero, que parece lleva por título *Literatura fractal*, es de Alberto Viñuela y data del 29 de julio del 2001. El segundo, *Literatura y el infinito*, es un trabajo escolar que, por su estructura, parece que se basa o toma como modelo el de Alberto Viñuela, aunque aporta, dentro de su brevedad, alguna idea nueva y creaciones propias; está publicado sin fecha y sus autoras son: Tatiana Pérez Veiga, Martina Piñeyrúa y Eugenia Espona.

Alberto Viñuela nos define así la literatura fractal: “Llamo literatura fractal a todo aquel escrito que manifiesta propiedades similares a las de los objetos fractales, centrándose sobre todo en los elementos recursivos, es decir, que hacen referencia a sí mismos.” Alberto Viñuela nos propone diferentes maneras para lograr este objetivo, mediante, por ejemplo, las “tautologías” (repetición de un mismo pensamiento dicho de distintas maneras), “historias cíclicas” (que empiezan y terminan, tras su desarrollo, con un concepto similar que une el principio y el final), “cajas chinas y cajas chinas cíclicas” (historias que contienen a otra historia y, a su vez, a otra historia...), y luego continúa, después de presentar ejemplos de diversos autores para cada uno de estos enunciados, abordando los temas de la “Ficción científica y los lenguajes fractales”, “La recursividad en la literatura religiosa”, para terminar su exposición con citas de algún que otro escritor conocido.

El otro trabajo, que se reduce más a la simple idea de lo infinito y su relación con la literatura, hace referencia a las paradojas de Zenón de Elea y sus juegos con el espacio-tiempo, para completar su desarrollo con un resumen de la ya comentada propuesta de Alberto Viñuela.

En ambos casos, para ilustrar sus planteamientos, aparece la figura y obra de Jorge Luis Borges como máximo exponente para este tipo de literatura.

ANTECEDENTES LITERARIOS

Son dos grandes escritores los que han desarrollado su literatura, ya sea de manera consciente o no, bajo la influencia de un pensamiento cuya teoría y nombre fue posterior a la fecha de la publicación de sus obras (ya que fue en el año 1975 cuando Benoit Mandelbrot propuso el término “fractal”). Estos dos autores son: Franz Kafka y Jorge Luis Borges.

El Proceso y *El Castillo* son las dos novelas de Franz Kafka que están escritas bajo un marcado predominio de lo fractal. En las dos se expresa la imposibilidad del individuo frente a los mecanismos absurdos del poder, sus burocracias y sus mentiras. En ellas sus protagonistas han de seguir una tortuosa ruta, mental y física, para enfrentar una realidad que les sobrepasa con una serie de problemas que se encadenan sin encontrar nunca un final, repitiéndose dentro de un laberinto legal que somete al individuo frente a las arbitrariedades del poder que le gobierna y sus representantes. Este modo argumental tiene una gran similitud con lo que establece la dinámica fractal, de algo que empieza desde un punto concreto para expandirse en el espacio o en el tiempo, multiplicándose de manera iterativa, como son, en el caso kafkiano, el problema y el absurdo que lo genera, los elementos que se repiten una y otra vez a lo largo de la trama, en una lucha ideológica en donde las partes involucradas multiplican, a su vez, todos los motivos que demuestran cada acto para buscar su propia justificación. La progresión fractal de los elementos argumentales, en estas dos novelas, hacen de la narración un complejo sistema que se determina como lo más característico e importante dentro de la estructura de la propia obra literaria. La figura del absurdo se reproduce por sí misma para expandirse, con todos sus elementos connotativos adyacentes, hacia una lógica fractal que se constituye como el componente primario del término que se conoce como “kafkiano”.

Respecto a Jorge Luis Borges (declarado admirador de Franz Kafka), en parte de su obra está presente, en mayor o menor grado, una perspectiva fractal que se caracteriza como lo más significativo del universo literario borgeano. En sus creaciones podemos encontrar personajes inmortales, memorias que logran existir a través del tiempo y fuera del primer cuerpo que las contuvo, edificaciones laberínticas e imposibles, libros cíclicos que terminan donde empiezan y que se reproducen en el tiempo, laberintos y más laberintos, granos de arena que se multiplican en sueños, una esfera donde se concentra el Universo entero en sus diferentes configuraciones, los espejos y sus reflejos, sus juegos con el tiempo y el espacio, el giro sorpresivo de sus historias; todo ello, y su inteligencia, está tocado por el orden preciso de lo fractal. Aquí, no debemos confundir su tremenda erudición con esa inteligencia suya, que se basa, precisamente,

en el juego que hace con la existencia, con lo metafísico y el devenir, con lo que se esconde detrás de las palabras y sus ideas, lo que permanece como fondo de su literatura, libre de toda superficialidad, para adentrarse a descifrar los enigmas de esa misma inteligencia.

Estos dos grandes escritores han conseguido el reconocimiento por medio del estilo conceptual de sus historias, y a partir de una mirada fractal que recrea una nueva dimensión de la realidad, lo que, sin lugar a dudas, supuso un cambio de perspectiva en los horizontes de la literatura.

Ahora, tras haber señalado estos antecedentes, del tema que nos ocupa, cabe mencionar la existencia de dos textos que lo refieren: *Manifiesto del Fractalismo* y *Manifiesto Fractal*.

El *Manifiesto del Fractalismo*, cuya autora es Eva Neuer con fecha 27 de septiembre del 2000, es un manifiesto de aspiraciones universalistas, o sea, que trata de abarcar todas las manifestaciones del ser humano dentro de su rol social y como ente individual. Eva Neuer parte del concepto de fractal para conformar una nueva postura fractalista y, a través de esta visión, acercarse al mundo. Este manifiesto, con todas sus propuestas, se ciñe a lo que marca el orden fractal y se justifica a través de él con un texto netamente fractal. El hombre, a fin de cuentas, es un elemento singular dentro de un Universo fractal, que debe estar en armonía con su entorno por el hecho de pertenecer a él y por ser consciente de ello. Como todo manifiesto universal, es una exposición de ideas utópicas que, por serlo, no dejan de ser admisibles y que invitan, según su autora, a reflexionar para convertir un principio de búsqueda interior que ha de manifestarse hacia el exterior.

Otro caso distinto es el *Manifiesto Fractal*, cuya autoría es de Héctor A. Piccoli con fecha de marzo del 2002, que es literario y atañe exclusivamente a la poesía. Con este manifiesto trata de justificar el rescate de la musicalización como medio para contrarrestar una prosificación que, a su parecer, debilita el hecho poético. Critica la prosificación pero no formula su propuesta de manera concreta y menos en relación al orden fractal, pues en ningún momento se sirve de los conceptos fractales (que no los explica ni mucho menos los utiliza) para justificar su postura de “repensar la esencia rítmico-musical del verso”, y, a través de este planteamiento, “repoetizar la poesía”. Propone, también, “trabajar con el ordenador” (sin explicar en qué sentido), y hacer poemas generativos, interactivos y esencialmente plurales, respecto a las unidades de un poemario compuesto por varios poemas, para terminar diciendo que así entrarán en el “laberinto y no sólo en el endecasílabo”. Queda la sensación, tras leer este manifiesto, que su autor se sirve

del término fractal para formular un ideario en el cual lo fractal es una excusa, además de caer en la superficialidad de una poética que se basa, casi exclusivamente, en el ritmo y la musicalidad, cuando lo importante de la poesía es lo que se dice entre líneas, lo que se esconde detrás de las palabras, lo que evoca: lo que hace que no sea una simple canción.

EJEMPLOS DE LITERATURA FRACTAL

Los ejemplos con los que a continuación trataré de ilustrar, de manera práctica y detallada, todo lo expuesto hasta ahora, son de mi autoría y con ellos, he de admitir, no se agotan las posibilidades en la búsqueda de lo que es la literatura fractal.

Desdoblamiento:

Ya nada es igual desde que salí por la puerta y me quedé solo en casa, frente al televisor. Ahora bajo por las escaleras y sigo aquí, sentado en un sillón, pensando en mí que ya estoy en la calle. Continúo con el paso y me dirijo hacia otro lugar, donde pueda reconocerse sin ninguna duda, ya fuera de esta habitación... Allí estoy, sentado en un banco del parque; al pasar por mi lado me saludo: “Hola, ¿cómo estás?”, me respondo. “¿Y tú?”, me pregunto. “Bien, muy bien; sentado aquí en el sillón frente al televisor”, termino por contestar... Ya nada es igual desde entonces, porque ya no estoy aquí, ni en el parque, ni caminando; sólo sé que algún día seré lo que no soy y estaré donde no estoy, pues todo lo ignoro sobre este asunto tan incomprensible.

Visión Caleidoscópica:

Estoy afuera y veo a los de adentro, pero ellos no me ven, y eso que les hago señales con los brazos para llamar su atención. Ellos giran a mi alrededor sin mirarme, pues caminan con la vista fija en el suelo mientras cuentan sus pasos. Son catorce hermanos idénticos que dan vueltas dentro de una habitación circular, o uno solo frente a trece espejos fraccionados. No lo sé; trataré de detectar cualquier movimiento distinto en ellos. Por ahora es imposible, no puedo ver nada más que mis pies al caminar, cuando siento que alguien me observa desde afuera moviendo los brazos para llamar mi atención. Creo que son trece hermanos idénticos a mí.

Dinámica Circular:

Vasta es su mirada, penetrante, tanto que la noto dentro de mi cabeza, inspeccionando los recovecos de mis pensamientos y mucho más allá, para adivinar lo que ahora no pienso y luego pensaré; así, se anticipa siempre a mí... Ahora siento que él, con su vasta mirada, soy yo; porque no me deja ser, porque asume todos mis actos antes de que yo los pueda realizar. Vive mi vida antes que yo, piensa y habla antes de que yo lo pueda hacer. Me roba el pensamiento y la palabra, y camina todo el día frente a mí con su vasta mirada, penetrante, tanto que la noto dentro de mi cabeza inspeccionando los recovecos de mis pensamientos y mucho más allá, para adivinar lo que ahora no pienso y luego pensaré.

Dinámica Cíclica:

El agua cae del cielo y no hay nubes, sólo una atmósfera transparente, pero el agua, como un torrente, me deshace como si fuera un terrón de azúcar. Mi sustancia, diluida en el agua fluvial, corre por las hendiduras de la piedra, escurriéndose hacia lugares desconocidos, tanto como esa agua caída de un cielo transparente y sin nubes, la misma que me deshizo como un terrón de azúcar, para escurrirme hacia los rincones de un paraje que se mojó con mi sustancia y con el agua inesperada de un cielo transparente y sin nubes, que se precipitó como un torrente sobre mí.

Dinámica Laberíntica:

Dentro de cualquier duda hay otra duda que se originó en esa incapacidad para definir cuál es la duda que la contiene, círculo en movimiento que se expande y regenera, que se alimenta de la propia ausencia de decisión. Las probabilidades se ven todas inadecuadas, cuando ninguna se impone sobre la otra y la duda en sí. Nada es posible y todo lo es, probabilidades que ahora se contienen dentro de esa duda, que la procuran. Más allá de cualquier duda hay otra duda, más allá de cualquier razón hay otra razón. Razones para la duda, dudas para razonar. Probabilidades escondidas tras la razón y la elección, para acabar con la duda que nació a partir de esas mismas probabilidades, de la duda contenida dentro de otra duda y de su incapacidad para no dudar.

Dinámica en la Repetición:

Él dice que yo digo lo que no pienso, y seguro que piensa que no digo lo que pienso; eso es lógico porque una cosa es lo contrario de la otra, pero así dicho, según lo pienso, suena bien; aunque, como digo lo que no pienso, no puedo pensar según creo lo que pienso, ya suene bien o sea cierto; pero esto es así desde el punto de vista de cómo él lo piensa y no cómo yo lo pienso; pero al final, estas cosas de creer lo que piensa cada cual, cuando se habla sobre lo que piensa o dice el otro, son cuestiones de ser pensadas.

Dinámica de Mutación:

La naturaleza muda con las estaciones, como cuando yo me quedo sin palabras. La voz ya no me sale, ya sea por falta de ideas o afonía. Lo peor es la afonía mental que me asalta en las mañanas nada más despertar, laxitud de la memoria que se extiende hasta tener el desayuno sobre la mesa, para luego mudar desde ahí hacia mi estómago. En la ducha me despierto de verdad, cuando se levantan las palabras que mudan en ideas, para que la afonía desaparezca de mi garganta. En ese transcurso de tiempo, como una muda de estación, pasó una mujer sin decir una palabra y tomó el tren que realiza su trayecto entre el verano y el otoño. Ahora las hojas secas mudaron de las ramas para formar una alfombra sobre el suelo, y la mujer camina, al llegar a su destino, con un paraguas sin tela por encima... Pero luego todo cambió de lugar, la señora muda y las estaciones que mudan, pues al abrir la puerta y salir de la casa me topé con el invierno. No me gusta el frío porque me deja más que mudo, no lo puedo soportar y regreso hacia la casa. Entonces, es cuando cierro los ojos y pienso en la primavera para que todo mude dentro de mi ser.

Juego de Espejos:

Cuando la vi por segunda vez ella no estaba, se había ido. Menos mal que la llevé conmigo, en la emulsión de plata de la película fotográfica que luego revelé. Del negativo la pasé al positivo con un chorro de luz y luego la fijé sobre el papel bajo los líquidos. Entonces apareció poco a poco, mirándome a través del fluido. De pronto me pude ver reflejado en sus pupilas, mi silueta y también frente a ella dos veces: en ese instante y cuando tomé la fotografía; instantes triplicados pues ella también estaba en mi memoria. Tantas veces, tantos reflejos, tan engañosa la realidad, como un juego de espejos multiplicando sin querer todos los instantes.

Dinámica Concéntrica:

Cuando llegué a aquel lugar ya no estaba, se había ido o se lo habían llevado. Sólo encontré un tremendo vacío, como el de antes de ser gestado, cuando ni siquiera suponía un proyecto en la mente de mis padres. Allí, en este lugar inexistente, decidí esperar con la esperanza de advenir el principio y con la sospecha de que podría estar muerto... El despertar, en este caso, sería el regreso del lugar y a la vez el mío a él, algo que nos uniría en una misma dimensión. Y ahí continué, en el trance de la espera, sin existir y rodeado de esa nada, como un pensamiento único tratando de descifrar qué pasó con ese lugar desaparecido que tal vez fuera mi propia vida, la que aún me niego a admitir en su extinción. Espero que todo sea un mal sueño y, al despertar, me encuentre con algo más de un pensamiento para saber que existo.

Proceso Invertido:

“Visiones invisibles”, así dicho, tiene una doble interpretación: ¿Es invisible lo que no se ve o lo es el acto de mirar? El primer caso sería la nada, el segundo una mirada vacía; visión invisible en las dos. ¿Qué más dará entonces lo uno o lo otro, cuando, a pesar de que en esencia son diferentes, el resultado es idéntico? Ambos se contienen en sí mismos, con una negación y una afirmación que los conduce hacia la nada y al vacío. Así son todas las visiones invisibles, no existen, y aquí, por tanto, tú no has leído nada.

Así se puede experimentar en la búsqueda de nuevas formas de literatura fractal, cuando estos ejemplos, en su reformulación, se podrían mezclar entre ellos en un sinfín de probabilidades dentro de una lógica fractal.

Y aquí termina esta breve exposición, con la que espero haber contribuido a sentar las bases o clarificar qué es la “Literatura Fractal”, concepto hasta ahora un tanto difuso y desconocido, pero que siempre ha estado ahí, en su esencia, sin que lo sepamos, en nuestro Universo y dentro de nuestro ser.

Pablo Paniagua, 09 junio de 2007.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- 1.- Umberto Eco (ed.): *Historia de la belleza*. Barcelona: Lumen, 2004.
- 2.- Gilles Deleuze y Félix Guattari (ed.): *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- 3.- Stephen Hawking (ed.): *Breve Historia del Tiempo*. Barcelona: Planeta, 1992.
- 4.- Benoit Mandelbrot (ed.): *La Geometría Fractal de la Naturaleza*. Barcelona: Tusquets, 2002.
- 5.- Franz Kafka (ed.): *El Proceso*. México: Tomo, 2002.
- 6.- Franz Kafka (ed.): *El Castillo - América*. México: Tomo, 2006.
- 7.- Jorge Luis Borges (ed.): *El Aleph*. Madrid: Alianza, 1997.
- 8.- Jorge Luis Borges (ed.): *Ficciones*. Madrid: Alianza 1997.
- 9.- Jorge Luis Borges (ed.): *La memoria de Shakespeare*. Madrid: Alianza, 1997.
- 10.- Área Fractal - Literatura Fractal: <http://www.arrakis.es/~sysifus/litfr.html>
- 11.- Literatura y el Infinito: http://www.oni.escuelas.edu.ar/2002/buenos_aires/infinito/literatu.htm
- 12.- Manifiesto del fractalismo: <http://www.galeon.com/fractalismo/>
- 13.- Manifiesto Fractal: <http://jamillan.com/celpic.htm>
- 14.- Literatura Web - Palabras Fractales: <http://www.pablopaniagua.blogspot.com/>

NOTA:

En los textos que vienen a continuación aparecerán, dentro de su serie, algunos de los ejemplos del ensayo anterior.

HACIA LA COMPRENSIÓN DEL UNIVERSO

DISCUSIÓN CÓSMICA

En la sombría llanura iluminada por el sol, el día y la noche se juntaron. Hecho insólito, sin duda. “Yo quiero esta llanura para mí”, le dijo el día a la noche. “Ni hablar del asunto, esta llanura es mía”, le respondió la noche al día. Y en ese forcejeo dialéctico siguieron, sin ponerse de acuerdo, mientras el planeta se paró.

Siempre había luchado cada cual por su mitad, la noche persiguiendo al día y el día a la noche, cada uno por detrás del otro, dando vueltas sin parar; pero ahora, después de tanto tiempo, ya nada sería igual.

Ante tal contrariedad los habitantes del planeta se congregaron en la extensa llanura para caminar, según sus necesidades, de un lado para otro, y así pasar del día a la noche o de la noche al día.

Todo cambió desde entonces, en ese planeta estático, por culpa de una llanura deseada. Ya no existe el flujo necesario entre el día y la noche, la mutación de la dualidad, para que la vida recobre su sentido. Ahora los habitantes son simples espectadores de esa discusión cósmica que trasciende su comprensión, sobre la verdadera existencia de una sombría llanura iluminada.

PENSAMIENTO DE ESTRELLAS

Soy un cuerpo celeste que flota en el espacio. Yo brillo intenso pero a mi alrededor está todo oscuro, salvo las chispeantes luces de los que son como yo que ahora permanecen estáticos en la lejanía. ¿Qué es lo que hago aquí? No lo sé, quizá adornar la contemplación de un ser muchísimo más pequeño. He ahí el poder de lo insignificante frente a lo absoluto, de lo finito ante lo inmortal. Os aseguro que daría todo mi brillo por contemplarme a la distancia, por salir de mí mismo y acabar con esta interminable monotonía.

LA GRANDEZA DEL ESCRITOR

No puedo precisar mi edad ni desde cuándo existo, y aquí estoy ardiendo sin parar. Algunos planetas giran a mi alrededor y yo sé que tú estás en uno de ellos, escribiendo ahora sobre mí. Eso nadie lo sabe, sólo tú y yo; los demás se enterarán cuando lean estas líneas, unos días más tarde, unos años, unos siglos... Pero ese tiempo nada nos importa, aunque nuestra inmortalidad para el resto sea comparable. Así son las cosas: tú eres un hombre que escribes sobre el sol y la existencia, mientras yo siempre existo y no escribo sobre ti, sólo te doy la luz y el calor para ser la simple excusa, y ahí, entonces, eres superior a mí.

UN PARAGUAS Y CUATRO ESTACIONES

La naturaleza muda con las estaciones, como cuando yo me quedo sin palabras. La voz ya no me sale, ya sea por falta de ideas o afonía. Lo peor es la afonía mental que me asalta en las mañanas nada más despertar, laxitud de la memoria que se extiende hasta tener el desayuno sobre la mesa, para luego mudar desde ahí hacia mi estómago. En la ducha me despierto de verdad, cuando se levantan las palabras que mudan en ideas, para que la afonía desaparezca de mi garganta. En ese transcurso de tiempo, como una muda de estación, pasó una mujer sin decir una palabra y tomó el tren que realiza su trayecto entre el verano y el otoño. Ahora las hojas secas mudaron de las ramas para formar una alfombra sobre el suelo, y ella camina, al llegar a su destino, con un paraguas sin tela por encima... Pero luego todo cambió de lugar, la señora muda y las estaciones que mudan, pues al abrir la puerta y salir de la casa me topé con el invierno. No me gusta el frío porque me deja más que mudo, no lo puedo soportar y regreso hacia la casa. Entonces, es cuando cierro los ojos y pienso en la primavera para que todo mude dentro de mi ser.

NUESTRO DIOS

Un universo de centellas sobre mi cabeza. Es el verano, la Vía Láctea y una pareja de enamorados. Nos preguntamos cuántas estrellas serán, mientras un cigarro de aquello se consume. Luego todo se multiplica, nuestros besos y mis manos cuando acarician tus senos, la succión de mis labios en ellos. Los grillos son millones, tantos como estrellas, haciendo su simple melodía para acompañar el espectáculo que nos contempla: la nocturnidad entera está al pendiente de lo que hacemos, espiando nuestra intimidad. Parece que todo fue creado para ese instante, para que dos enamorados se miren a los ojos. Ahora, con este recuerdo, todo adquiere otro sentido: “Dios hizo el mundo para nosotros, mientras el resto de la Humanidad discute o hace la guerra por él.”

LOS TIEMPOS DEL TIEMPO

YO SOY

El tiempo se paró para todos menos para mí, porque yo soy el tiempo. Hasta Dios, que depende de mí, ruega para que eche andar de nuevo y así tener razón de ser... No estoy hecho de materia, pero la contengo toda y mi rastro fluye hacia el infinito. Si me detengo, como ahora, observo la quietud de la existencia y su ocaso... Dios no hace nada más que llorar postrado ante mis pies, implorando mi actividad, para gobernar un Universo que en realidad gobierna yo. Y es que yo soy el tiempo, que todo lo abarco y soy el dueño de todo.

EL TIEMPO LO ES TODO

Más que nada soy algo, aunque no demasiado. Cantidades se han de contar, de días que pasan sin sentido, cuando todo lo que tengo son esos días perdiéndose uno tras otro. Soy el tiempo que sucumbe ante sí mismo, cuando se acaba y vuelve a empezar en una continuidad sin fin. El pasado queda y el futuro se espera, mientras se viven esos días sabiendo que se han de contar los ya pasados para que exista una memoria.

Soy prisionero de mí mismo y de mi esencia temporal; es lo mismo lo uno que lo otro porque yo soy el tiempo, compuesto de cantidades que crecen de lo más insignificante hacia un futuro muchas veces predecible. Me gustaría liberarme del presente para no esperar un futuro, cuando el pasado ya lo dejé en esa memoria que crece y crece, con mi transcurso, para ser mucho más de un algo que nunca será demasiado.

No tengo más remedio que seguir adelante para que todo exista, porque yo, el tiempo, soy Dios.

TIEMPO Y MEMORIA

En un lugar de mi memoria está tu imagen que ya no recuerdo. Pasaron tantos años que esa parte se borró y no logro recuperarla. Aún así todos los días de mi vida pienso en ti, para tratar de superar ese olvido que el tiempo, con su paso, me quitó. Y es que ya no tengo noción de mi presencia, y ya no sé quién eres ni quién soy yo. Sólo puedo pensar y pensar, para recordar esa imagen que hace tanto se perdió, pues aquí me hallo dentro de un tiempo que se fue de mi memoria para no regresar jamás, y si no hay memoria no hay recuerdos ni tiempo pasado, y así, continuamente, no paro de nacer.

UN TERRÓN DE AZÚCAR

El agua cae del cielo y no hay nubes, sólo una atmósfera transparente, pero el agua, como un torrente, me deshace como si fuera un terrón de azúcar. Mi sustancia, diluida en el agua fluvial, corre por las hendiduras de la piedra, escurriéndose hacia lugares desconocidos, tanto como esa agua caída de un cielo transparente y sin nubes, la misma que me deshizo como un terrón de azúcar, para escurrirme hacia los rincones de un paraje que se mojó con mi sustancia y con el agua inesperada de un cielo transparente y sin nubes, que se precipitó como un torrente sobre mí.

Ahora, que me esparcí por todo este lugar, ya no sé si soy yo o dejé de serlo, para ser el lugar en vez de ser yo. Ésa es la duda que no me deja tranquilo: la condición verdadera de mi ser; cuando el recuerdo de mi anterior existencia, antes de que el agua se precipitara desde un cielo transparente y sin nubes sobre mí, para deshacerme como si fuera un terrón de azúcar, tenga la veracidad de mis recuerdos.

¿Qué soy? ¿El ahora o el recuerdo de lo que fui? Todo depende del tiempo, de si es presente o pasado, porque yo soy lo que fui y también lo que ahora soy y luego seré; todo depende del momento, porque el futuro borra un presente que muta hacia el pasado, en una multiplicidad de instantes enlazados entre sí. Eso ya lo sé, pero nunca entenderé cómo desde un cielo transparente se precipitó el agua de aquella lluvia, que me deshizo como si fuera un terrón de azúcar.

MEMORIA Y TIEMPO

En algún lugar me encuentro, desconocido, eso sí. No reconozco nada porque todo, como ya dije, me es desconocido. No sé cómo llegué hasta aquí, pues perdí la memoria sobre mi presente y mi pasado, aunque puedo adivinar mi futuro (o al menos eso creo). A partir de ahora comenzaré a reconocer el lugar donde me encuentro, si es que no pierdo, otra vez, la memoria... ¿Qué es lo que estaba diciendo?

OPORTUNA QUIETUD

En un minuto pasó un segundo, con esa lentitud que se extendió en el tiempo. No pude más que esperar dentro de ese instante dilatado, siendo consciente de tan anodino suceso. Así se empezaron a encadenar los segundos que se transformaban en minutos sin dejar de ser segundos, en un itinerario estático que regresaba sobre sí con un movimiento cíclico, repetición del instante en un tiempo siempre presente, incapaz de convertirse en pasado y aspirar a futuro. Esta situación me pareció perfecta, ya que por suerte me encontraba en medio de un orgasmo.

EL FINAL DE LA LITERATURA

Soy el último hombre sobre la faz de la Tierra y Dios dijo que mañana moriré. Atrás queda una Historia interminable de guerras, en las que yo no participé, y soy el sobreviviente de todas ellas. Desde entonces no paré de escribir sabiendo que, por ser el último hombre, nadie leerá mis palabras. Es una lástima, mi libro es de capítulos infinitos que se hilan a través de palabras mucho más infinitas y de letras mucho más allá de lo infinito. La tarea fue ardua para leer mis propias palabras, después de haberlas escrito, mientras esperaba la total extinción de una especie. Ahora sólo me queda ver despuntar el alba con este libro aferrado entre mis manos, sabiendo que no quedará rastro de él ni de todo lo escrito por el hombre.

HISTORIAS SOBRE LA EXISTENCIA

1

Me gustaría saber algo de ella, pero aún no la conozco. Supongo que esa inquietud tendrá sentido cuando llegue el momento de la noticia de su existencia. Ahora, mientras tanto, sólo puedo pensar en la posibilidad de ese hecho para formularme tal pregunta... Espero que, cuando tenga la respuesta, sea lo que me gustaría saber de ella.

2

Él me dijo que no había escuchado su nombre; y le creo porque su nombre es impronunciable, tanto que no existe. En esa nada nominal trato de encontrar los sonidos para articular un nombre pronunciable, existente, que se pueda oír para luego ser pronunciado y así responder si escucharon de un nombre del cual nada se sabe.

3

No veo nada entre esta neblina, sólo el vaho que al hablar sale por mi boca para fundirse con ella. Llevo mucho tiempo de pie, en este sitio, hablando sin parar durante siglos, y pienso, ahora, que quizá la provoqué con el hálito de mis palabras que llevan tanto tiempo preguntándose sobre su origen. Más allá no sé si habrá alguna otra existencia, tras este espesor que en las noches se torna de un gris oscuro, por lo que deduzco que hay un sol para crear el día en este planeta cuando gira sobre su eje (ya sea de manera vertical, horizontal u oblicua); aunque ese movimiento giratorio sólo afecta en los diferentes matices lumínicos de la neblina, según gana el día a la noche o viceversa. Puedo asegurar que mi extenso monólogo de siglos ha sido sobre ella, pues nada más tengo ante mis ojos que una mancha, a veces fluctuante, abarcándolo todo. No sé si habría algo más en un principio, pues aquel tiempo no lo recuerdo, y ésa es la razón por la que estoy aquí preguntándome sobre el origen de esta neblina desconcertante.

4

Acabo de nacer a este mundo y salí por un túnel de carne para ver la luz. Oí los gritos de dolor de mi madre cuando dos manos agarraron mi cabeza. No sé si estos pensamientos serán

reales porque yo, ahora, tan sólo estoy recién nacido y soy tan pequeño que no puedo pensar ni hablar, y mucho menos escribir, por lo que dudo sea yo el escritor de estas palabras sino alguien que me suplanta. ¡Oye tú! ¡Ya está bien! ¡Deja de escribir en mi nombre! ¡Deja que crezca para expresarme por mí mismo y contar esta historia! Aunque, tal vez, esté equivocado y no recuerde todo el transcurso desde que vi la luz por primera vez hasta ahora que escribo sobre ello.

5

¡Cuánto podría saber! Pero, como dijo el filósofo: “Sólo sé que no sé nada”. Esto, quizá, lo decía por lo poco que sabemos en relación a una totalidad de conocimientos universales o porque somos unos ignorantes respecto a los misterios de la existencia, más cuando ese ser malvado, que llaman Dios, hizo un mundo como éste donde la mayoría de las personas vienen a sufrir y todas a morir; donde los hombres, hechos a su imagen y semejanza, se matan entre ellos. ¡Menudo mundo creaste! ¿Ésta es tu gran obra? Sin duda embarraste este planeta con tu propia mierda, lo que me lleva a pensar que tú, Dios de los humanos, eres el mismo Diablo.

Si dejas que un planeta entero haga la guerra en tu nombre, tú no eres Dios. Amor se llama el verdadero. El mío es mejor y por él no derraman tanta sangre ni se enfrentan las naciones.

La Humanidad entera se echa al fracaso por tu culpa. ¿Estás satisfecho?

6

Cuando pienso en esta vida tan absurda, Dios se me asemeja a un fontanero o albañil chapuza, en este edificio que llamamos mundo siempre a punto de derrumbarse y por donde gotean las cañerías. ¡Escúchame Dios, a ti te hablo, no te hagas el tonto ni te des la vuelta ni te escondas! ¡Sal ya y da la cara! ¡Ya está bien de pagar por tus errores, por tu mal hacer en este mundo infame que dices nos regalaste, por este cuerpo prestado para sortear un sinfín de calamidades! Me parece indigno este regalo que nos ofreces, siempre con condiciones interesadas y promesas sin garantía. Eres un especulador de la nada, que maneja el sufrimiento de las personas como moneda de pago. ¡Qué puedo pensar de ti, albañil chapuza, cuando veo sufrir a tanta gente! Nos pides que lo hagamos bien cuando tú no pudiste, para tapar las goteras del edificio cuando esas goteras somos nosotros mismos. Así es el gran tamaño de tu fracaso, como el mismo hombre y la imagen que crearon de ti.

HISTORIAS DEL SER

MI PRESENCIA AUSENTE

Me miro en un espejo que no refleja nada porque hace tiempo se lo llevaron. Ahora tengo la pared frente a mí y pienso en todos mis rostros reflejados que se fueron con él, impresos en su memoria, tras el cristal y sobre la emulsión de estaño.

Por lo menos, quedé yo y mi sombra.

YO Y YO TAMBIÉN

Yo me mi conmigo. Aquí estoy, el más guapo del mundo, el más listo, el más simpático. Ja, ja... Así soy, la naturaleza me lo concedió y la vida hizo el resto... Yo me mi conmigo, yo me mi conmigo, y siempre: yo me mi conmigo.

YO Y EL OTRO

Yo soy el que soy, porque no soy el otro (de eso estoy seguro); pero el otro cree que yo soy él y me persigue a todos lados. Yo no quiero ser él (de eso, también estoy seguro); pero el otro insiste en querer ser yo y continúa persiguiéndome, siempre pegado a mis pies, como una mancha oscura que va allá donde camino.

UN CASI YO

Ése no soy yo, me gustaría ser el otro, el que ya pudo ser él mismo, el que encontró su camino. Estoy perdido sin saber nada de mí, porque todavía no he sido gestado; estoy dentro de

este pensamiento sólo como un proyecto ahora inconcluso, de un supuesto yo que le gustaría ser el otro, que pudo ser él mismo y que ya encontró su camino.

DÓNDE ESTOY AHORA

Ya nada es igual desde que salí por la puerta y me quedé solo en casa, frente al televisor. Ahora bajo por las escaleras y sigo aquí, sentado en un sillón, pensando en mí que ya estoy en la calle. Continúo con el paso y me dirijo hacia otro lugar, donde pueda reconocerse sin ninguna duda, ya fuera de esta habitación... Allí estoy, sentado en un banco del parque; al pasar por mi lado me saludo: “Hola, ¿cómo estás?”, me respondo. “¿Y tú?”, me pregunto. “Bien, muy bien; sentado aquí en el sillón frente al televisor”, termino por contestar... Ya nada es igual desde entonces, porque ya no estoy aquí, ni en el parque, ni caminando; sólo sé que algún día seré lo que no soy y estaré donde no estoy, pues todo lo ignoro sobre este asunto tan incomprensible.

ES DE SER PENSADO

Él dice que yo digo lo que no pienso, y seguro que piensa que no digo lo que pienso; eso es lógico porque una cosa es lo contrario de la otra, pero así dicho, según lo pienso, suena bien; aunque, como digo lo que no pienso, no puedo pensar según creo lo que pienso, ya suene bien o sea cierto; pero esto es así desde el punto de vista de cómo él lo piensa y no cómo yo lo pienso; pero al final, estas cosas de creer lo que piensa cada cual, cuando se habla sobre lo que piensa o dice el otro, son cuestiones de ser pensadas.

DE LOS HORIZONTES

UN EDIFICIO EN LA MENTE

Es la ventana invisible de mis miedos por la que me asomo de vez en cuando. El horizonte no lo puedo divisar porque hay un muro delante, pegado ante mis ojos, que lo impide. Será difícil escalarlo, pues no tiene final, además la caída se hace previsible hacia una profundidad que transcurre entre el espacio de la pared del edificio y el muro hostil. Por esa ventana, desde luego, es imposible ver nada, y abro la puerta que está al otro lado para salir tranquilamente hacia la calle en busca de aquello que me pueda hacer feliz.

EL HORIZONTE DE LA VIDA

Más allá del horizonte hay otro horizonte y después de éste hay otro más y luego otro más... Horizontes que con su movimiento hacen girar el planeta, que cambian de lugar constantemente como una piel deslizándose sobre el magma... Yo voy hacia un horizonte inalcanzable, porque muta sin cesar buscando el infinito. Así me paso la vida, caminando sin parar con la intención de saber si hay algún final antes del ocaso de mis días. Espero conseguirlo, porque presiento un Dios al final del camino.

UNA LÍNEA SIN SENTIDO

Miro hacia el cielo y no encuentro horizonte alguno, pues no hay nubes ni estrellas, sólo ese azul cerúleo que está por encima de todo. No sé qué pensarán las aves que lo surcan, pues yo sólo respiro con los pies sobre la tierra mirando a un horizonte que también me mira. De nada sirve creer que lo finito lo marca una línea, pues está comprobado que la línea se mueve o se traspasa. En el cielo no hay límites, tampoco en la tierra, sólo están en la mente del hombre cuando atenta contra las leyes de la naturaleza.

La libertad tiene horizontes que traspasar, líneas que cruzar, para ser tan extensa como el cielo.

VÉRTICO

Hay una referencia en la lejanía: para los humanos es el horizonte, pero en mi planeta aparece vertical y lo llamamos “vértico”. Allí vivimos de medio lado y crecemos a lo ancho, justo al revés que en este lugar. En mi planeta sus pobladores no roban ni se matan entre ellos, ni hacen guerras por bienes materiales ni supuestos espirituales. Me sorprende la verticalidad de la mente humana en contraste con lo horizontal de su mundo, con su orden vertical ansiando ser más que el vecino, con estratos de poder y servilismos, con imposición de clases. En mi planeta no existe nada de eso, y dentro de nuestro medio vertical buscamos la horizontalidad para ser iguales. En mi planeta nos elevamos en el aire hacia el espíritu, mientras que aquí se arrastran por el suelo deseando la materia. El humano asienta los pies sobre la tierra y toma posesión del horizonte, para luego pensar en vertical.

Qué raros son, qué mundo tan extraño, donde todo está justo al revés.

DÓNDE ESTARÁ Y DE QUIÉN SERÁ

Miro al horizonte y no distingo nada. Busco una moneda de diez céntimos que perdí en aquel lugar hace cuarenta años. La verdad me da pereza caminar hasta allá, además no estoy seguro de que sea el mismo horizonte. Por otro lado, no sé si cuando se pierde algo tan común, como es una moneda de diez céntimos, siga perteneciéndote o su propiedad pase a quien la encuentre. Así está la cosa: el horizonte allí y yo aquí, y de la moneda nada sé. La moneda está en desuso pero el horizonte no, y ahí sigue para que yo lo mire mientras pienso en la moneda. De todas formas la culpa la tiene el horizonte, más que la moneda o yo, porque está muy lejos y no me apetece caminar, además, como ya dije, puede que no sea el mismo horizonte, ese horizonte que tiene la culpa de todo.

HORIZONTES PERDIDOS

El horizonte no es, como parece, una línea recta en la distancia, es un círculo que nos rodea; de ello te das cuenta al girar sobre ti mismo en medio del océano o en la soledad del desierto; allí se deja apreciar, en él, la curvatura de la Tierra. De cualquier modo, es una señal engañosa que cambia sin parar y tan diversa como el infinito, todo depende de nuestro movimiento y situación, del ángulo de la mirada, de cómo la intensidad de la luz incide sobre él. En las ciudades el horizonte se pierde entre el hormigón, hay que salir de ellas para apreciarlo. El hombre ciudadano no se da cuenta de estas cosas ni mira al cielo en las noches para ver las estrellas; el hombre de ahora se apartó de la naturaleza para crear un mundo fuera de ella, sin horizontes circulares que mirar.

MI PROPIO HORIZONTE

Al final de mi habitación, en su horizonte, hay un televisor encendido por donde pasan diferentes imágenes en movimiento. He de reconocer que no veo mucho la televisión, pues prefiero los horizontes de los paisajes de mi mente, tratar de escribirlos para que alguien los lea. También me adentro hacia los parajes de otros que buscan horizontes. Todos buscamos a través de la escritura nuestro propio horizonte, para saber de qué somos capaces si es que somos capaces de algo. Un escritor sin horizontes no es un escritor, y yo lo pretendo siempre con la apuesta por delante, en este juego de la vida donde me desvivo por hacer de mi horizonte algo más que un horizonte.

VISIONES INVISIBLES

1

Miríadas de miradas recorrieron mi rostro, de visión invisible todas. Me supe descubierto al instante y lo cubrí tras el rastro de mis manos. Así perdí de vista aquellas miradas que me observaban, visiones ahora invisibles todas... Pero las sabía delante inspeccionándome con la intención de traspasar mis manos, para buscar esa mirada que no quería ver las miríadas de miradas, de visión invisible todas, después de haber recorrido mi rostro para percibir el fundamento de su mirada.

2

Él vio mucho más de lo que imaginó e imaginó mucho menos de lo que vio. Lo primero fue un regalo, lo segundo una falta de intuición. Hubiera sido mejor ver menos de lo imaginado e imaginar mucho más de lo que vio, para que la intuición se convirtiera en el mismo regalo. ¿Qué es mejor: ver menos de lo que se desea o desear menos de lo que se ve? Lo intuido no se ve pero se puede desear, cuando el deseo no se intuye porque se imagina y no se ve para que se deje intuir. Eso, él nunca lo supo y nunca lo sabrá.

3

Frente a mí no hay nada más que algo. Ya sé que así dicho suena muy vago, pero es lo que hay. Y ese algo puede estar compuesto de materia o quizá sea una idea, porque yo soy ciego y sólo veo mis propios pensamientos, eso nada más. Me gustaría ver los tuyos, si es que se pueden ver, aunque sean insertos en la mirada que no tengo, en la tuya, y así poder mirarme frente al espejo con esa visión prestada a través de un pensamiento, para comprobar qué hay dentro de ese algo que son mis cuencas vacías, mucho más que los pensamientos que veo cuando abro los ojos en mi interior, para tratar de captar ese algo dentro de esta oscuridad.

4

Cuando la vi por segunda vez ella no estaba, se había ido. Menos mal que la llevé conmigo, en la emulsión de plata de la película fotográfica que luego revelé. Del negativo la pasé al

positivo con un chorro de luz y luego la fijé sobre el papel bajo los líquidos. Entonces apareció poco a poco, mirándome a través del fluido. De pronto me pude ver reflejado en sus pupilas, mi silueta y también frente a ella dos veces: en ese instante y cuando tomé la fotografía; instantes triplicados pues ella también estaba en mi memoria. Tantas veces, tantos reflejos, tan engañosa la realidad, como un juego de espejos multiplicando sin querer todos los instantes.

5

La vi con mi ojo derecho; el izquierdo estaba atento a otra cosa, a una mota de polvo que flotaba en el aire. Pasó de largo sin saber que la miraba, fue algo casual. Mi ojo derecho continuó tras ella, pero el izquierdo se quedó en su lugar. El otro rodó y rodó persiguiéndola, para no perderla de vista. Mi mano rebuscaba algo, tantear si concluía un movimiento. Todo estaba por ver: mi ojo derecho no le quitaba el ojo mientras el izquierdo lo hacía de reojo. Mi mano continuaba indecisa, con el ojo derecho detrás, decidida en realizar por fin el movimiento para rascar el izquierdo, pues aquella mota de polvo se metió en él.

6

Vasta es su mirada, penetrante, tanto que la noto dentro de mi cabeza, inspeccionando los recovecos de mis pensamientos y mucho más allá, para adivinar lo que ahora no pienso y luego pensaré; así, se anticipa siempre a mí... Ahora siento que él, con su vasta mirada, soy yo; porque no me deja ser, porque asume todos mis actos antes de que yo los pueda realizar. Vive mi vida antes que yo, piensa y habla antes de que yo lo pueda hacer. Me roba el pensamiento y la palabra, y camina todo el día frente a mí con su vasta mirada, penetrante, tanto que la noto dentro de mi cabeza inspeccionando los recovecos de mis pensamientos y mucho más allá, para adivinar lo que ahora no pienso y luego pensaré.

7

“Visiones invisibles”, así dicho, tiene una doble interpretación: ¿Es invisible lo que no se ve o lo es el acto de mirar? El primer caso sería la nada, el segundo una mirada vacía; visión invisible en las dos. ¿Qué más dará entonces lo uno o lo otro, cuando, a pesar de que en esencia son diferentes, el resultado es idéntico? Ambos se contienen en sí mismos, con una negación y

una afirmación que los conduce hacia la nada y al vacío. Así son todas las visiones invisibles, no existen, y aquí, por tanto, tú no has leído nada.

PALABRAS EN EL LABERINTO

MÁS ALLÁ DE CUALQUIER DUDA

Dentro de cualquier duda hay otra duda que se originó en esa incapacidad para definir cuál es la duda que la contiene, círculo en movimiento que se expande y regenera, que se alimenta de la propia ausencia de decisión. Las probabilidades se ven todas inadecuadas, cuando ninguna se impone sobre la otra y la duda en sí. Nada es posible y todo lo es, probabilidades que ahora se contienen dentro de esa duda, que la procuran. Más allá de cualquier duda hay otra duda, más allá de cualquier razón hay otra razón. Razones para la duda, dudas para razonar. Probabilidades escondidas tras la razón y la elección, para acabar con la duda que nació a partir de esas mismas probabilidades, de la duda contenida dentro de otra duda y de su incapacidad para no dudar.

DUDA EN GESTACIÓN

En mi ignorancia un día llegué a pensar que todas las dudas surgidas durante aquel tiempo eran el síntoma de algo que no se dejaba develar entre el discurrir de todas las indecisiones suscitadas ante la pregunta de una cuestión sin respuesta en estos instantes en que los pensamientos sobre las dudas me invaden. La duda, en sí, era la ausencia de una resolución perdida por las esquinas de un pensamiento, que no se deja aprehender en algo concreto, que se difumina sin llegar a ser; quizá porque el tiempo no otorgue, con su transcurso, la definición para que la duda deje de serlo cuando todavía no existe la idea que gestó todo este planteamiento.

YO Y EL LUGAR

Cuando llegué a aquel lugar ya no estaba, se había ido o se lo habían llevado. Sólo encontré un tremendo vacío como el de antes de ser gestado, cuando ni siquiera suponía un proyecto en la mente de mis padres. Allí, en este lugar inexistente, decidí esperar con la esperanza de advenir el

principio y con la sospecha de que podría estar muerto... El despertar, en este caso, sería el regreso del lugar y a la vez el mío a él, algo que nos uniría en una misma dimensión. Y ahí continué, en el trance de la espera, sin existir y rodeado de esa nada, como un pensamiento único tratando de descifrar qué pasó con ese lugar desaparecido que tal vez fuera mi propia vida, la que aún me niego a admitir en su extinción. Espero que todo sea un mal sueño y, al despertar, me encuentre con algo más de un pensamiento para saber que existo.

SUEÑO INESPERADO

Un sueño lo condujo al despertar de otro sueño y ese otro sueño se abrió paso hacia otro nuevo. Así, con esta dinámica, los sueños se iban entretejiendo en un sistema de sueños conectados en un mismo sueño; sueños que crecían dentro de sí hacia un punto sin término... En dicho estado se hallaba siendo consciente, sabiendo que no podía hacer nada en contra, pues no era capaz de despertar o salir de ese gran sueño, que lo condujo hacia un laberinto imposible de escapar conocido como muerte.

MULTIPLICIDAD

Estoy afuera y veo a los de adentro, pero ellos no me ven, y eso que les hago señales con los brazos para llamar su atención. Ellos giran a mi alrededor sin mirarme, pues caminan con la vista fija en el suelo mientras cuentan sus pasos. Son catorce hermanos idénticos que dan vueltas dentro de una habitación circular, o uno solo frente a trece espejos fraccionados. No lo sé; trataré de detectar cualquier movimiento distinto en ellos. Por ahora es imposible, no puedo ver nada más que mis pies al caminar, cuando siento que alguien me observa desde afuera moviendo los brazos para llamar mi atención. Creo que son trece hermanos idénticos a mí.

COMPRENDER PARA ENTENDER UNA IDEA

Puedo entender mucho más de lo que entiendo y saber mucho más de lo que sé. Las ideas se forman después de comprender para llegar al saber. Esas ideas las puedo saber para entender mucho más de lo que entiendo y saber mucho más de lo que sé. Es sencillo: con la comprensión puedo saber y entender mucho más sobre las ideas, y sobre lo que se sabe después de haberlo comprendido. Puede parecer complicado, pero no lo es: la idea primero se comprende y luego se entiende, pues entender y comprender, aunque parezcan lo mismo, no tienen un significado del todo igual. Comprender incumbe un primer acercamiento para saber sobre la idea, y entender es saber perfectamente sobre ella. ¿Quedó claro?

HISTORIAS CIRCULARES

1

En la rama de un árbol me senté esperando ver crecer la hierba, y los días y las noches pasaban sin darme cuenta. Llegó el otoño y ahí seguía; la hierba se secó y las hojas cayeron sobre mis hombros. Entonces bajé del árbol y todo crujió bajo los pies.

2

Tengo un bloque de hielo en el corazón porque estoy muerto. Mis ojos se cerraron hace mucho para no ver este mundo. Pero todavía, aquí en mi tumba, escucho el rumor de la guerra que se avecina, que pronto llegará. Me llaman esperanza, me llaman amor, me llaman paz, pero ahora sólo soy un ideal inalcanzable.

3

Soy un desconocido para todos, pero todos me conocen, han escuchado mi nombre. Soy el viento que susurra las verdades, la mentira que se nombra entre líneas. Todo lo doy y todo lo quito, y soy la esperanza eterna... Me llaman Dios.

4

Doy pasos en el aire tratando de llegar al sol, pero mis pies permanecen pegados al suelo. Esta maldita gravedad me atrae hacia el centro de la Tierra, con el sabor del metal entre los dientes. Allí su luz no me llega, sólo el magma de mis pensamientos, el sonido pétreo de esa nada. El mundo arde en cenizas y yo trato de escapar, trato de olvidar, y cierro los ojos hacia ti que eres el astro ahora inalcanzable.

5

Nombro tu nombre nombrado tantas veces como se nombraba el nombre que escuché nombrar alguna vez en el nombre de todos los nombres. Ella estaba allí, sin cuerpo y sin nombre, pero aún queda su rastro en mi memoria... Ahora recuerdo su nombre: es la Mujer Innombrable.

6

El sueño me llegó en el día, después de una noche de una tarde y de otro día. Tapé la ventana para que no entrara la luz y tú estabas ahí, a mi lado, con tu piel cálida para ser acariciada con el abrazo que siempre quise en ese día, en la otra noche, durante la tarde y el día anterior de todos nuestros días, de todas nuestras noches, de todas nuestras tardes.

7

Su sombra es tan larga que cruza la calle; tan inteligente que dobla la esquina; pero él, al contrario de ella, no es nada porque se diluye en esa mancha que pasa por los lugares como un fantasma, que desaparece cubriendo la mitad de todo un planeta cuando se oculta el sol. Y ya no es sombra, es la noche.

8

Todos los lugares no son todos los sitios. Mi sitio está donde está tu lugar. También el lugar de ellos no es nuestro sitio. El sitio, a fin de cuentas, se sitúa en cada uno de los lugares. El sitio de ella ahora está en mi lugar. Ése es el mejor de los lugares.

HISTORIAS SIMULADAS

CÓMO LA ECHO DE MENOS

Me gusta pensar en ella, tan bonita que era. Tenía la piel suave y nos ajustábamos el uno al otro de la mejor manera, en cualquier lugar y posición. Pasamos muchos momentos felices, de fiestas nocturnas y pasiones desenfrenadas. Nunca hubo ninguna mejor para arroparme con su calor. Sí, éramos inseparables porque estuvimos saliendo juntos durante más de cuatro años; yo la cuidaba y estaba siempre pendiente. Ahora la echo de menos porque me la quitaron en una discoteca, cuando fui al baño y la dejé olvidada en el asiento frente a una mesa redonda y un par de cervezas. ¡Cómo me gustaba aquella chamarra de cuero negro, la mejor que tuve en la vida!

SONRISAS EN EL MAR

En el mar tardó me bañé y tú estabas ahí, mirándome. No veía tu sonrisa por la distancia, pero la imaginaba. Sentía girar el planeta en el ocaso, con el mar a mis espaldas y frente a ti. Tú y yo, el mar y tu sonrisa, los cuatro juntos ante un sol naranja que, poco a poco, se ocultó. Entonces ya no te vi. No me quedó más remedio que imaginarte como la primera vez... Al salir del agua ya no estabas, te busqué por todos lados y no te encontré... Al final me senté sobre la arena mirando a un sol ya casi oculto, tanto como tú que eres producto de mi fantasía.

AMOR SIN RESTRICCIÓN

Hace tiempo que no la he visto, ni a él tampoco. Se fueron juntos y no regresaron. Eran muy extraños los dos, sobre todo ella, tan alta y delgada, con las extremidades demasiado largas, de movimientos parsimoniosos. Llegaron un día y parecía que se amaban. Más tarde fue cuando se marcharon, pero él dentro de ella. La policía no hizo nada ante un crimen pasional, por ser una

cuestión de la propia naturaleza de una mantis religiosa que, después de consumir el acto sexual, para no dejar rastro de su pasión, se comió a su compañero.

ARCO IRIS

Del rojo pasó al naranja, del naranja al amarillo, del amarillo al verde, del verde al azul y del azul al violeta. Es el arco iris, espectro cuyos seis colores mezclados nos dará el gris oscuro, el mismo gris de la nube que tapó los rayos del sol, los que se descomponían con las gotas de lluvia para formar la gama de seis colores que, mezclados entre sí, se ocultaron en una nube gris.

EL JUEGO DE LA VIDA

REALIZACIÓN

Yo camino y estoy quieto, lo que se mueve es lo que está bajo los pies, y la vida, a mi alrededor, cobra dinamismo. Es la acción de mis piernas la que mueve el mundo y no al revés, pues yo permanezco estático en mi lugar siendo el motor del tiempo y el espacio.

Cuando duermo todo descansa, cuando despierto todo cobra vida y siento que sin mí nada existe. El Universo fue creado para adornar mi paso, para glorificarme con su presencia.

¡Qué grande soy cuando el mundo se mueve bajo mis pies!

SABIDURÍA ABSOLUTA

Sucesión de un pensamiento que genera, en los demás, nuevos pensamientos. Idea germinal que se nutre de la imagen y la palabra: el conjunto mágico. Todo radica ahí: imagen, palabra y pensamiento. Ahora no sé dónde queda la idea, quizá más allá del pensamiento, seguro que realizado. La idea casi es conclusión, pues a través de ella existe el desarrollo para llegar a la imagen. Aquí surge el reflejo múltiple que se compone de imágenes, palabras, pensamientos e ideas. Es el trasfondo no siempre comprendido, como estas simples líneas que sólo pretenden multiplicarse a través de una sucesión de elementos que están por encima de su significado, porque hay una voluntad que lo guía. Si no hay voluntad sólo nos queda la imagen, muda e inexpressiva. Detrás de la voluntad está la vida y detrás de la vida la muerte. Allí todo se acaba y se develan los misterios.

¿Qué soy y qué hay detrás de lo que soy?

MÁS ALLÁ DE LA SUSTANCIA

Soy el contenido de una sustancia que a la vez contiene esa misma sustancia, porque la sustancia y yo somos uno, sin un espejo donde reflejarnos para buscar la división.

Nuestra sustancia, de pronto, la sopla el viento y se esparce más allá de aquel reflejo inexistente y hacia la nada.

Ahora ya no somos sustancia, nos convertimos en el polvo acumulado sobre el espejo que hace de cualquier reflejo inexistente.

VIAJE EXISTENCIAL

¿Qué es la vida? Un transcurso marcado por el tiempo, asistir a un milagro. No todo es placentero en el viaje, se siente en lo bueno y en lo malo. Algunos pasan sin memoria y otros perduran con sus obras, pero todos nacen para morir, así está marcado, cada cual con su fecha en el calendario. Casi nadie piensa en ello cuando se es feliz, pero es una puerta de escape cuando todo se pone muy complicado.

La pregunta siempre es la misma: ¿Qué hacemos aquí? Unos nacen con un destino y otros lo hacen, pero muchos se pierden en el laberinto de la nada.

La vida es un juego donde se pierde o se gana.

SOBRE LITERATURA

1

Estoy infectado de literatura. ¡Qué voy a hacer ahora con esta enfermedad! ¡Quizá te pase a ti lo mismo! ¡Qué podemos hacer más que escribir! Pienso que la cosa está difícil porque ya casi nadie cree en los escritores, somos una especie en extinción. No soy la conciencia de nadie y sólo busco salvar una palabra que nada importa a los que debería importar. No tengo vergüenza, ya lo sé; prefiero decirlo antes que callar porque estoy moribundo de esta enfermedad. No sé cuántos años de vida me resten; tal vez sea inmortal; eso espero, aunque me tachen de engreído. ¿Qué piensas tú al respecto? ¿Darás tu vida por la literatura?

2

Leer a un escritor es, en cierta medida, meterte dentro de su cabeza. Ahora yo les abro la puerta de la mía para que entren, pero, por favor, tengan la delicadeza de no tocarme las neuronas además de prestar la debida atención con las uniones nerviosas. Espero que esta cabeza no la encuentren muy desarreglada, ya que ayer, sabiendo de esta invitación que les hago, traté de ordenarla lo mejor posible. A la derecha, según se entra, están mis ideas más recientes, todas en suspensión esperando tomar una forma más concreta; a la izquierda se pueden observar todos mis deseos, que se confunden con la influencia de los instintos, un poco más alejados de la razón; al fondo encontrarán el almacén de mis recuerdos, todos clasificados en orden temporal: los buenos a un lado y los malos al otro cerrados bajo llave. Pueden mirar pero no leer, todo es secreto, ya les daré por medio de mi palabra lo único que me interese conceder.

3

¿Dónde está tu lugar en este mundo? ¿Tomaste las decisiones acertadas? ¿Tu vida hubiera sido otra mejor de haber hecho lo contrario? Qué somos, sólo el resultado de una decisión, alas de colibrí que cambian el destino. Yo tomé la decisión de escribir lo que escribo y ser lo que soy, por mucho que a veces me duela en mis penurias; pero prefiero no ser aquél que trabajaba nada más por dinero dejando su sueño de lado. Tengo el dominio de la palabra para expresar mis ideas y transmitir las como una extensión de mi ser, en el tiempo y en el espacio, a cambio de esta

incertidumbre. Espero algún día tener al espíritu y la materia unidos, para llegar a ser plenamente lo que un día decidí, y así la decisión sea acertada y me dé el lugar que busco.

4

Ser escritor es un acto de exhibicionismo porque desnudas tus pensamientos ante los demás. ¿Con qué finalidad? No lo sé. Tal vez quiera compartir mis experiencias para no estar solo, cuando solo se está al escribir; quizá busque mi propia comprensión a través de las palabras; quizá ansíe ser inmortal... Para ello paso el tiempo inmerso en pensamientos, luchando con el idioma para dar forma a las ideas, para crear imágenes dentro de tu cabeza, porque tú eres el último destinatario y sin ti, lector, no existo. Tú también eres importante, tanto como yo, pues das sentido a lo que hago. Las palabras al salir de mi cabeza entran en la tuya, transmisión de pensamiento, telepatía literaria.

5

Éste es un relato en segunda persona, entre tú que lees y yo que escribo. A nadie le importa lo que aquí se diga, nada más a ti y a mí. Llevaba tiempo esperando para decirte esto, para reunirnos en la cita casual de una búsqueda mutua. Yo busco un lector y tú algo interesante que leer (siempre y cuando te lo parezcan estas líneas), un interés compartido para un momento. Ahora, con el propósito de no defraudar tus expectativas, te daré algo más, una información secreta, casi mágica, el inicio del relato que tú mismo deberás escribir: “En todo este transcurso de tiempo...” (no, eso suena muy normal, seguro ya lo dijo alguien). “Érase una vez...” (no, no, creo que ese inicio tampoco nos vale). “En un lugar, de cuyo nombre no quiero acordarme...” (no, ése mucho menos). Bueno, a ver con éste: “Donde el día se junta con la noche quedamos en verno (este comienzo me gusta más), pero tú te fuiste al ocaso y yo al amanecer, y así no nos encontramos estando cada cual en un extremo, distantes pero a la vez en un mismo lugar: donde el día y la noche se juntan. Para mí llegó el día y para ti la noche, sin haber tenido esa oportunidad de encontrarnos para consumir el acto de la mirada compartida... (y ahora, a partir de aquí, es cuando te toca continuar con esta historia para darle el final que tú desees; tú decides, ya te convertiste, por fin, en el dueño de este pensamiento compartido).

6

¿Qué hay detrás de esto? ¿Acaso lo tenemos dentro? La vida empieza cuando todo acaba, justo lo contrario de lo que se cree. Ahora estamos en el aprendizaje para saber existir después de la muerte, aunque muchos seguramente jamás lograrán dicho estado. Todo es una ficción para la realidad cuando lo real es simulado: imágenes, ideas y pensamientos que para nosotros se acaban con la muerte, menos para mí, que por dejarlos aquí escritos viviré hasta la extinción de nuestra especie.

Todo se acaba con el último lector.

REFLEJOS Y SONIDOS

Fue el sonido de sus pasos al caminar lo que me sacó del sueño. Llevaba los zapatos de tacón y se movía de un lado para otro. Así se dejaba ver, preciosa como siempre, con el sonido de sus pasos envolviendo la escena, rasgando el aire con sus cabellos. Ella nunca se quitaba esos zapatos de tacón de aguja, que repiqueteaban con su sonido en el espacio.

Ante el espejo, observándose con detenimiento, comenzó a pintar sus labios de color rojo, como sus zapatos y su pelo. La veía de espaldas y también de cara, por el reflejo de su rostro, dos imágenes enfrentadas entre el aire que ella misma respiraba. Sobre los zapatos sostenía su cuerpo, su cara y su mirada, pero el reflejo permanecía por sí solo en el cristal.

Una vez compuesta giró sobre sus zapatos y me miró. Ya no era el rostro reflejado, era el suyo de verdad, y entre nosotros estaba el aire que ahora respirábamos. Así se dejaba ver otra vez, preciosa como siempre, con el sonido de sus pasos envolviendo la escena, rasgando el aire con sus cabellos.

No dijo nada, sólo sonrió, y después de un rato salió por la puerta llevándose el sonido de sus zapatos al caminar, mientras yo la observaba partir. No sé adónde iría, tal vez a rasgar el aire con sus cabellos a otro lugar.

Me levanté de la cama, me vestí y preparé la mesa para cenar. A su regreso volveríamos a estar juntos, ella y yo, con el sonido de sus zapatos. Por su mirada y su sonrisa así lo supe, que regresaría más tarde después de haber caminado por la ciudad rasgando el aire con sus cabellos.

En el transcurso de la espera, sin saber qué hacer, sin escuchar el sonido de sus zapatos, dominado por la impaciencia, me miré al ombligo e introduje mi cabeza por él para escurrirme dentro de mi cuerpo. Así es cómo desaparecí. No tuve tiempo de escribir una nota de despedida, y me fui dejando la mesa puesta para la cena.

FRANZ KAFKA Y DOS CERVEZAS

Cuando voy al bar siempre pido dos cervezas, una para él y otra para ella, porque yo no bebo (bueno, eso es un decir, porque todos bebemos aunque sea agua); pero ellos beben cerveza y siempre lo hacen en este bar, en una esquina de la barra junto a un ventanal por donde se ve pasar la gente. No sé si esas personas que caminan por la calle beberán cerveza, aunque agua seguro que sí. Pero bueno, ahí están las dos cervezas sobre la barra, junto a un servilletero con hojas de papel y un cubilete con palillos. He de precisar que la cerveza, por ser líquida, ha de contenerse en un recipiente, ya sea vaso o botella, si bien es preferible que sea de cristal; y esto es porque, de no ser así, el líquido se desparramaría por encima, para luego caer al suelo por esas cuestiones de la física de los fluidos y la gravedad. Pero ahora no debemos preocuparnos, pues la cerveza está dentro de las dos botellas que, como ya dije, son para él y para ella. Yo se las pedí al camarero, y él, como siempre, muy amable las sirvió. Tampoco sé si el camarero beberá cerveza, aunque sospecho que sí. El bar, por la hora, no está muy lleno, y no puedo adivinar si los que lleguen beberán cerveza. Por la puerta, precisamente, acaban de entrar el otro y la otra, que, después de realizar una mirada general, se acercan hacia mí.

–Hola ¿Cómo estás? –me saluda el otro.

–Muy bien –le respondo yo.

–¿Y esas dos cervezas para quiénes son? –me pregunta la otra, siempre tan observadora.

–Para él y para ella –le contesto.

–¿Es que tú no bebes? –me pregunta el otro.

–Cerveza no, pero agua sí.

–Agua bebemos todos –me aclara la otra.

–Sí, ya lo sé –le digo.

–¡Menos mal que la cerveza está dentro de las dos botellas! –dice el otro.

–¡Claro! Si no se desparramaría por la barra y caería al suelo –explica la otra, siempre tan precisa–. Además, como en este caso, es preferible que el recipiente sea de cristal.

–Oye –dice el otro–, nosotros queremos dos cervezas, si quieres...

–No, no –le interrumpo–, éstas son para él y para ella.

En esto, entran por la puerta aquél y aquélla, que no sé si beberán cerveza, aunque el otro y la otra ya sé que sí, porque se quieren beber las de él y ella. Sin dudarlo, se acercan a la esquina de la barra donde estamos: el otro, la otra, el camarero y yo.

–Hola, cómo están –saludan a coro aquél y aquélla.

–Muy bien –respondemos todos, también a coro.

–¿Y esas dos cervezas? –pregunta aquélla, tan observadora como la otra.

–Son para él y para ella –contesto yo–. Además, están en el recipiente más indicado, que es de cristal, para que no se desparrame el líquido por la barra y no caiga al suelo... Yo bebo agua como todos, pero el otro y la otra también beben cerveza –y, al ser mencionados, asintieron con una sonrisa.

–¿Y dónde están él y ella? –pregunta aquélla, siempre tan curiosa.

–Todavía no llegan –contesto yo.

–¡Miren quién pasa por ahí! –dice de improviso la otra, y todos miramos hacia el ventanal.

–Es Franz Kafka –dice aquél.

–Sí, se parece mucho –agrega el otro.

–¿Seguro qué es? –se pregunta aquélla.

–Sí lo es –digo yo.

–¿Quién es Franz Kafka?

Pregunta el camarero y todos nos volteamos para mirarlo, y luego agrega:

–A lo mejor, se fue en busca de él y de ella.

–No creo –dice la otra.

–¿Y Franz Kafka beberá cerveza? –pregunta aquélla.

–Desde luego, estas dos cervezas no porque son para él y para ella –digo yo.

–Pues, a este paso, se van a calentar –dice la otra, con cierta inquietud.

–Así le gustan a él y a ella –le respondo.

Y ahí seguimos, en torno a las dos cervezas, en la esquina de la barra y frente al ventanal que da a la calle por donde pasa la gente y también, algunas veces, Franz Kafka. Entonces se abre la puerta y todos miramos, pero no es Franz Kafka ni él ni ella, sino una corriente de aire que se interna por unos instantes en el bar. Las dos cervezas continúan dentro de sus recipientes de cristal, junto a las servilletas de papel y los palillos, y el camarero, que todavía no sabemos si bebe cerveza, se sirve un vaso con agua que comienza a beber. Todos miramos al camarero y

luego a las cervezas, sabiendo que son para él y para ella, y puedo suponer que aquél, aquélla, el otro y la otra, tienen sed, pero todavía no sé si aquél y aquélla beben cerveza, pues en ningún momento se han expresado en dicho sentido.

–¿Y quién se bebe las cervezas si no llegan él y ella? –pregunta de repente aquélla.

–Él y ella siempre llegan –le respondo.

–Nosotros nos ofrecimos para beberlas –intervino la otra–, pero ya nos advirtió que son para él y para ella.

–¿Y ustedes beben cerveza? –les pregunto a aquél y aquélla, para saciar no mi sed sino la curiosidad.

–No, no bebemos cerveza, aunque agua sí.

–Agua bebemos todos –dice la otra.

Ya por lo menos sé que aquél y aquélla son como yo, que no beben cerveza, al contrario que el otro y la otra, pero todavía tengo la duda sobre el camarero y Franz Kafka, pues él y ella sí beben cerveza porque las dos botellas que están sobre la barra, junto al servilletero y frente al ventanal, son suyas.

–¿Oiga, señor camarero, usted bebe cerveza? –le pregunto para salir de la duda.

–¡Claro que sí! –exclama–. ¡Cómo no voy a beberla, si la tengo tan cerca!

Ya también sé, y ellos saben (el otro, la otra, aquél y aquélla), que el camarero bebe cerveza, pero nada sabemos sobre los apetitos de Franz Kafka y tampoco cuándo llegarán él y ella.

INQUIETANTE RELACIÓN

El hecho insustancial de su muerte no alteró en nada mi vida, era una cucaracha nada más. Fue pernicioso para ella mi preocupación por fumigar cada rincón de la casa. En realidad no sé por qué lo hice, si por costumbre o pensando en ella, aunque tal circunstancia era lo de menos cuando decidí comprar el insecticida. Con tal propósito salí en dirección hacia la tienda, guiado más por esa costumbre que por el pensamiento, pues así siempre lo había hecho. A pesar de ser verano algunas nubes cubrían el cielo y el ambiente se sentía cargado de humedad. La tienda no estaba lejos, a tan sólo tres cuerdas de mi casa, y no tardé mucho en llegar. Al abrir la puerta sonó la campanilla que colgaba sobre ella, y el tendero, ataviado con un delantal blanco, salió tras el mostrador.

–Buenas tardes –saludó.

–Buenas tardes –le correspondí de igual manera, sin pensar que no serían tan buenas para la cucaracha.

–¿Qué es lo que desea? –preguntó.

–Un frasco de insecticida para bichos rastreros –le respondí con una leve sonrisa.

El tendero alargó el brazo hacia un estante superior para agarrar un frasco que, después de quitarle el polvo con una gamuza, me entregó.

–Aquí tiene.

–Muchas gracias –le dije–. ¿Cuánto le debo?

–Son veinte con cincuenta –sonó la voz del tendero, sin alzarse con notoriedad entre la distancia que nos separaba.

Sin dudarlo, porque siempre así se hace, a excepción de cuando el precio es excesivo, que en este caso no lo era, saqué de mi cartera dos monedas de diez y una de cincuenta que le entregué.

–Gracias –dijo, al recibirlas.

En cada acto, parece ser, hay una razón que lo genera, ya sea por rutina o por simple iniciativa, como era el hecho de que yo tuviera, ahora entre mis manos, ese frasco de insecticida que dejaba escapar levemente su aroma artificial. En aquel instante ni siquiera se me ocurrió pensar en la cucaracha, que andaría por ahí escondida en algún rincón, ni tampoco en quién

fabricó ese veneno para matarla. La cuestión era que el frasco estaba entre mis manos, la cucaracha en la casa, el tendero frente a mí, y del fabricante del producto nada sabía, aunque quizá estuviera en cualquier lugar sin saber que yo había comprado su insecticida. Así son las cosas del destino.

Salí de la tienda tomando el camino de regreso a mi casa, para subir los dos tramos de escaleras hasta el segundo piso, de un viejo edificio de cuatro plantas, y entrar en ella. Lo primero que hice fue dejar el frasco sobre la mesa, para, a continuación, detenerme a pensar en la estrategia. Decidí que lo mejor sería iniciar el proceso por la cocina, para luego continuar con el salón y las tres habitaciones. La cucaracha, desde luego, no se imaginaba lo que estaba a punto de suceder, seguramente porque ella no tenía facultades para pensar y mucho menos adivinar; aunque nada de esto, por otro lado, es seguro, habría que ser cucaracha para saberlo y yo no lo soy. Pero bueno, yo estaba dispuesto para continuar con esta labor, me refiero a la de fumigar y no a la de dilucidar qué hacía la cucaracha, para lo cual destapé el frasco y le ajusté un atomizador. Después, tomé la precaución de cubrir mi boca y nariz con un pañuelo, para no intoxicarme, y ya, con el frasco en la mano, comencé a esparcir el producto.

No podría asegurar con exactitud dónde se encontraba la cucaracha, si debajo del mueble de la despensa, del refrigerador o del fogón, ni tampoco, he de reconocer, el fabricante del insecticida. Estaban hechos el uno para el otro, cuando yo, a diferencia del tendero, era el intermediario y también la mano ejecutora que uniría sus destinos. Supongo que la cucaracha estaría rebuscando por cualquier lugar su alimento o poniendo unos huevecillos, escondida en la penumbra de su vida, sin saber que ya se acercaba la hora de su muerte. Mientas tanto, yo atomizaba el insecticida por los lugares más inaccesibles. Creo que incluso, y a pesar de tener medio rostro cubierto con el pañuelo, tarareé una canción mientras realizaba mis funciones exterminadoras, sin pensar, por supuesto, en la cucaracha. Ella, por cuestiones del instinto, tal vez pudo presentir la amenaza del peligro y correteó vivamente hacia su mejor escondite, pero la nube gaseosa, muy a su pesar, le alcanzó.

Yo seguí tatarando esa canción hacia otras partes de la casa, dónde a saber qué insectos o arácnidos habría. La cucaracha, supongo, empezaría a sentir cierto malestar en el sistema respiratorio y despavorida huyó de ese escondite, que ya no era tan seguro, para buscar algo de aire hacia las partes más libres e iluminadas, allí en el mundo exterior. Esta vez no salió de

expedición, sino expelida por el malestar de la asfixia y el envenenamiento, sintiéndose afectada de pronto en su sistema nervioso.

Cuando regresé a la cocina, para dejar el frasco del insecticida en el estante del armario destinado a los productos de limpieza, la pude ver caminar, nerviosa y confundida, ya dando vueltas en torno a un punto. En ese momento pensé en darle un pisotón pero me detuve, para no oír ese asqueroso crujir y para que sus tripas no mancharan el suelo de la cocina y la suela de mi zapato, y ahí me quedé observando cómo agonizaba. Sus pasos ya se notaban torpes y de un ritmo menos vivaz, y luego se volteó hacia arriba con sus patitas en el aire, como diciéndole adiós a la vida, atragantada por la sustancia venenosa que la aniquiló, que según decía la etiqueta era efectiva y de larga duración. No sé si a la cucaracha, que aún movía sus patitas tan graciosamente, le sería grato morir de tal manera, pero el caso es que ella continuaba ahí, en el suelo, y yo por encima mirándola con curiosidad. Tampoco sé si me podía ver, aunque fuera de refilón, ni tampoco si sospechaba que yo era su asesino ni que imaginara, tan siquiera, que el frasco del insecticida estaba en el estante de los productos de limpieza, dentro del armario. No creo que supiera nada, pues, como ya dije, dudo que las cucarachas imaginen cuestión alguna y menos a la hora de su muerte. Del fabricante y envasador del insecticida nada pensé, aunque quizá estuviera tomándose un vino en algún lugar sin saber que esa cucaracha estaba a punto de morir; el tendero, lo más probable, estaría vendiendo un frasco de insecticida u otro producto a una persona que no era yo, pues ahí continuaba en la cocina con la atención puesta en la cucaracha. El fabricante y el tendero sí sabían que esta cucaracha, como todas, no tendrá un entierro digno, y de tal modo la barrí con una escoba hacia el recogedor para luego arrojarla por el retrete. He de admitir que no me despedí de ella mientras que un torrente de agua se la llevó, sin certificar su muerte, hacia el infecto desagüe.

La verdad no sé por qué les cuento esta historia, pues ya estoy muy cansado y mañana salgo de viaje. Ahora es casi de noche y el cielo está colmado de nubarrones, así me acostaré lo antes posible para despertar temprano y llegar sin problemas a la estación ferroviaria. Me llamo Gregorio Samsa y vivo con mis padres y mi hermana, que aún no llegan para cenar. Mañana espero un día sin complicaciones y mucho mejor que el de la cucaracha.

UN DESCONOCIDO ESCRITOR

La otra mañana, a eso de las seis, me desperté con esta pregunta en la cabeza: ¿Qué pasaría si Franz Kafka viviera ahora, siendo un total desconocido, e intentara buscar un editor? Esta pregunta, al parecer, nace de la afirmación de un amigo que dice: “Los grandes escritores del siglo XX serían rechazados hoy en todas las editoriales, por lo menos en las de España.”

Un modesto escritor, llamado Franz Kafka, dormía acurrucado con un par de mantas en un colchón. Era viernes y no había ido a trabajar porque estaba enfermo, tenía una incipiente bronquitis y no paraba de toser. Ya desde pequeño su salud se mostró bastante frágil, sobre todo en las vías pulmonares, y ahora, por ser invierno, era proclive a enfermarse con facilidad. Entre el compás de su forzada respiración escuchó el timbre de la puerta, por lo que se puso en pie casi tiritando, con una manta sobre los hombros, para ver quién llamaba con tanta insistencia. Al abrir, comprobó que era la señora encargada de limpiar la escalera que, en sus manos, traía una carta con membrete.

–Esto estaba encima de los buzones, señor Kafka. Es para usted.

–Gracias –dijo, según la recibía.

–Y cuídese, que no le veo muy bien –añadió antes de irse, a modo de despedida.

Franz Kafka miró el remitente y vio que se trataba de la editorial Adiagrama (la del prestigioso editor Juan Iturralde), sita en la ciudad de Barcelona. Hacía justo dos meses les envió un original, sin ser un ejemplar solicitado, y le extrañó que le contestaran con tal premura. Con la emoción casi se olvidó del frío, de su malestar y de la tos, pensando que podían haber aceptado su novela. Al abrir el sobre, extrajo una carta que decía:

28/02/2007

Estimado Franz Kafka,

Sentimos comunicarle que, debido al exceso de títulos contratados, nos resulta imposible incluir EL PROCESO en nuestra programación, sin que eso suponga un juicio negativo de su obra.

Confiamos en que no tenga problemas para su publicación en cualquier otra editorial con menos agobio de títulos y, agradeciéndole haya pensado en Adiagrama, le saludamos muy cordialmente.

Atentamente, Laura Carral

Le recordamos que no nos resulta posible devolver los originales no solicitados, a no ser que el autor lo recoja por sus propios medios en el plazo de un mes de esta carta.

Editorial Adiagrama

Así era esa carta de rechazo, una de tantas, pero esta vez de su editorial predilecta. El contenido venía a ser el mismo de las demás editoriales, casi con idénticas palabras, de la amable carta que le imposibilitaba publicar y que, de plano, le arrojaba al ostracismo. Había pedido los requisitos por Internet, enviado la información estipulada, pero ningún editor del mundo tenía interés en publicar su novela. Tanto tiempo y tanto esfuerzo para escribir una novela incomprendida, sin valor comercial, una rareza literaria sin sentido para cualquier editor, cuando el predominio del género novelístico oscilaba entre historias de misterio y ambientaciones de relatos históricos. Su novela, sin duda, era vista como la obra excéntrica de un loco, algo anodino y sin interés para cualquier lector, una apuesta estética inútil y, por tanto, un producto desechable. Total, Franz Kafka era un don nadie, un escritor sin futuro, un asunto menor, un fracasado para cualquiera y para él mismo. “Ya podía ponerse a trabajar en vez de escribir semejante basura”, debían pensar en las editoriales donde envió el original de *El Proceso*.

Pero Franz Kafka escribía por una necesidad visceral, porque era un artista al que no le importaba pasar hambre y sufrir penalidades con tal de seguir adelante con su pasión. Ésa era su vida y su sueño, su apuesta.

Él era un emigrado checo que decidió abandonar el hogar familiar, e incluso su país, después de haber sufrido un desengaño amoroso que le sirvió de pretexto, además, para librarse de un insufrible padre al que estaba cansado de soportar. De tal modo que en compañía de su mejor amigo, Max Brod, tomó rumbo hacia tierras españolas con destino a la ciudad de Madrid, donde alquilaron un pequeño apartamento en el barrio de Tetuán. Ese mismo viernes su amigo Max se había ido como de costumbre a trabajar, y él estaba solo y enfermo entre las estrechas paredes de lo que suponía su nuevo hogar. Encima de la mesa estaba su vieja computadora portátil, que compró de segunda mano, y dentro de ella un par de novelas y algunos relatos.

Entonces pensó que empezaría una novela, de un castillo que estaba siempre a la vista pero era inalcanzable, donde todos los caminos conducían a él y por ellos nunca se llegaba, donde sabía de sus moradores pero difícilmente se dejaban ver. Era la metáfora de esa incapacidad de publicar sus escritos, de editoriales como castillos de burocracias inexpugnables e incapacidad. Ahora, no podía hacer nada más que escribir esas historias, que sólo él y su amigo Max comprendían, para olvidar los infortunios de la vida sumergiéndose en la literatura, cuando se preguntaba si algún día su trabajo vería la luz pública. Así, influido por estos pensamientos, pasó toda la tarde escribiendo, con la tos y la manta sobre los hombros, algo que empezaba así:

Cuando K llegó ya era de noche. La aldea estaba cubierta por una espesa capa de nieve. Nada se podía distinguir en las alturas, sumidas entre niebla y oscuridad, y ni siquiera la más débil luz indicaba la presencia de un gran castillo. K se quedó un buen rato de pie en el puente de madera que unía la carretera con el pueblo, elevando su mirada hacia un vacío penetrante.

Ésa era precisamente la imagen de su vida, brumas y oscuridad alrededor, incompreensión por todos lados ante su forma de entender la literatura, con un estilo tan peculiar de laberintos conceptuales que a la vez buscaban una justificación por medio de un proceso racional, donde el protagonista de sus historias chocaba contra esa muralla de convencionalismos inamovibles, los mismos que él padecía con la industria editorial. Pero él, incluso así, no podía dejar de escribir y escribir...

Max Brod llegó del trabajo, envuelto en un abrigo largo y con la cara enrojecida por el frío, pero con una sonrisa por estar de nuevo ante la presencia de su admirado y gran amigo.

–¿Cómo te fue, Franz? ¿Estás mejor? –fueron sus primeras palabras.

–Hoy es un gran día para mí –contestó–. Empecé una novela que se llama *El Castillo*.

En ese momento, Max Brod vio sobre la mesa la carta de la editorial Adiagrama que cogió para leer.

–Podía haber sido un mejor día... –dijo con tristeza.

–No te preocupes, lo importante es creer en lo que haces por encima de todas las trivialidades, sin perder los ánimos para continuar con lo que un día decidiste.

–Eso no lo dudo Franz –dijo Max con una leve sonrisa–, pero creo que deberías hacer algo más que escribir.

–¿Algo como qué?

–Tú lo que necesitas son lectores, eso es lo que importa. Si la industria editorial te rechaza, lánzate como escritor por Internet y demuéstrales lo mucho que vales. Tú, mi querido amigo, no mereces el desprecio de un grupo que sólo mira por el dinero, mientras rechazan el arte. No dejes que nadie eche por tierra tu sueño, porque eres un buen escritor, de eso no tengo ninguna duda.

Franz Kafka se quedó pensativo por unos instantes, tosió un par de veces, levantó la cabeza para mirar a su amigo, con esos ojos oscuros que siempre denotaban cierta melancolía, y dijo:

–Seguiré tu consejo... De nada necesito a los que no valoran mi trabajo... Me lanzaré como escritor por Internet, para encontrar lectores inconformes con lo que el mercado editorial les trata de imponer como literatura de calidad, cuando muchas veces no lo es... Les demostraré, como tú dices, de lo que soy capaz, que la literatura es un arte que nada tiene que ver con el comercio, que la literatura no son hamburguesas de McDonald's ni latas de Coca-Cola, que la literatura se merece mucho más que ser vilipendiada por actos de mercadotecnia...

Ahora Franz Kafka se expresaba con entusiasmo, pues, desde luego, no iba a dejar que nadie pisoteara sus sueños, lucharía por hacerse un lugar frente esa industria editorial que había perdido, en gran parte, la vocación de servir al engrandecimiento de las artes, para pasar a un descolorido pastiche de lo que decía o ambicionaba ser.

–¿Quién publicaría hoy a autores como Thomas Mann o Marcel Proust? –se terminó por preguntar.

Max Brod, al escuchar lo que era una queja más que una pregunta, una crítica feroz, una realidad, soltó una carcajada que rebotó en las paredes del pequeño salón, mientras se despojaba del abrigo.

–Bien lo dices, mi querido Franz... Bien lo dices...

–¡Ya sé lo que haré! –exclamó Franz Kafka, ante una idea repentina–. Publicaré en un blog, como novela por entregas, *La metamorfosis*. Creo que la historia de Gregorio Samsa, que de un día para otro se convirtió en un repelente insecto, será ideal para sacar en Internet.

Y los dos amigos decidieron abrir una botella de vino tinto de Rioja, para brindar por todos los que creen en la salvación de la literatura.

–¡Bienvenido sea Internet, porque muy pronto de ahí surgirán grandes escritores!

Exclamó Max Brod, entre el tintineo de dos vasos al chocar.

ORINES DE GATO

En una habitación del segundo piso en el Sanatorio Doctor Hoffmann, en Kierling, agoniza un escritor llamado Franz Kafka. Su fea novia, Dora Diamant, había salido a enviar una carta y con él se quedaron sus amigos Willy Haas y Max Brod. Al hablar, la voz de Kafka sonaba como un hilillo que luchaba por salir entre sus labios, pues, además de estar muriéndose, la tuberculosis le había afectado la laringe.

–Amo a Dora, es lo mejor que ha pasado en mi vida...

Soltó Kafka al aire cuando ella salió por la puerta. Irse a vivir con Dora a Berlín, a esa casita hermosa en las afueras de la ciudad, fue su mayor proeza. Había sido categórica la estricta relación con su padre, el sometimiento a un trabajo burocrático que le impidió dedicarse de lleno a la labor literaria, más las depresiones, el insomnio, los dolores de cabeza... Una existencia inmerecida, llena de obstáculos para ser lo que realmente deseaba, como así lo plasmó psicológicamente en sus historias: una persona enfermiza dominada por las fobias sociales, un bicho raro igual que insecto repelente. Pero la relación con Dora, al menos, le había hecho sentirse como una persona normal aunque fuera en una etapa ya avanzada de su enfermedad, así como un regalo de los astros frente a su habitual y propia negatividad consumada. “Pensamiento es materia”, nunca mejor dicho...

–He sido un completo fracasado –exhaló de pronto Kafka con dificultad–. Viví a capricho de otros, sin consumir mis sueños, sin el valor para luchar por ellos...

–No digas eso, Franz –intervino Max Brod–. Nosotros, tus amigos, te queremos; tu obra literaria es admirable y, a fin de cuentas, encontraste el amor deseado.

–Sí, a fin de cuentas, a fin de cuentas...

Willy y Max no supieron qué decir, “a fin de cuentas” él tenía razón. La muerte acechante siempre marca la diferencia, habría que estar en su lugar para comprenderlo, ahí postrado entre espasmos de tos escupiendo sangre en una palangana, pálido como clara de huevo cocido. Quedaban ya lejanas las noches por los prostíbulos de Praga, masturbarse con su colección de fotografías pornográficas parisinas, sus amoríos e intentos de matrimonio obstaculizados ya sea por su padre, por propia indecisión o por la de ellas. Pero no todo

fueron penurias, el sexo estaba para salvar esa distancia y asimismo, cómo no, la literatura; formas de escape, primero de un trabajo burocrático y después de una enfermedad que avanzaba consumiéndole por dentro. También estaban aquellas tardes en las que leía sus composiciones ante los amigos, carcajeándose con la ironía de sus historias, el absurdo y la opresión, como riéndose de sí mismo, de su realidad enfermiza, de la tortura de sus migrañas... De nada le sirvió ser vegetariano y tal vez su afición a beber leche cruda fue la causa de sus padecimientos, al menos de esa maldita enfermedad que le tenía al borde de la muerte.

–Max... Max... –dijo Kafka, con un susurro casi imperceptible, para que su gran amigo y consejero literario le prestara atención–. Tengo que decirte algo importante...

–Dime, Franz –contestó, acercándose para escucharle mejor.

–Es mi última voluntad... –continuó Kafka, expresándose a duras penas.

–¿Tu última voluntad? –preguntó Max dubitativo.

–Sí.

No le alcanzaba el aire para hablar, para respirar con esos pulmones deshechos, con el corazón en un puño, ahogándose con sus latidos. Tragaba saliva mezclada con sangre para poder continuar, esfuerzo sobrehumano del que espera la muerte con intención de decir esas palabras como el sello de lacre que cerrará por siempre su testamento.

–Dime, amigo mío –le animó Max.

–Quiero que quemes todos mis manuscritos.

Willy y Max se miraron atónitos, como pensando que Franz se había vuelto loco o era presa de algún delirio motivado por su extrema debilidad. No era para menos, el esfuerzo de escribir páginas y páginas de textos y novelas inacabadas, con su óptica literaria tan particular, deberían ser consumidas por las llamas.

–¿Cómo? –preguntó incrédulo Max.

–Sí... Quémalo todo...

–¿Cómo dices eso, Franz! –exclamó mientras Willy Haas observaba la escena desconcertado–. ¡Hace unos días me ordenaste lo contrario! ¡Que me hiciera cargo de tu obra, que la corrigiese y publicara!

–Tengo un mal presentimiento...

–¿Un mal presentimiento? –preguntó con extrañeza.

–No me hagas hablar de más... Soy un fracasado...

En cierta medida no le faltaba razón, había publicado algunos libros sin mucho éxito, conocidos, nada más, entre su círculo de amigos y un reducido entorno literario, y siempre con esa frustración de no percibir ingresos por ese puñado de libros inadvertidos, aunque nunca dejara de escribir por esa necesidad visceral y por obtener algo de notoriedad. Tenía 41 años, edad suficiente para haber destacado o al menos tener un número mayoritario de lectores, así como su maestro Robert Walser, su coetáneo Robert Musil o el tímido y genial Hermann Hesse, y siempre bajo la sombra omnipotente de Thomas Mann, el genio literario aclamado de su época; cuando él, sin embargo, no había dado a la luz pública ninguna novela, solamente textos de medio aliento y cuentos largos como *La metamorfosis*. Era un total desconocido y se sabía minúsculo con estos nombres junto al suyo, la desazón por competir y resaltar, admitiendo, por tanto, que el conjunto de su obra no estaba a la altura ni merecía la atención. ¿Dónde quedaba la genialidad de un moribundo que escribió una serie de manuscritos sin corregir? Y así lo pensaba, ya si fuerzas, tendido totalmente derrotado en una cama de hospital...

–Quémalo todo –insistió.

–No me pidas eso, por favor –contestó Max.

–Soy un fracasado, además, tengo un mal presentimiento...

–Otra vez con lo mismo... ¿Cuál es ese presentimiento? –preguntó Max para satisfacer la curiosidad ante lo que él suponía un delirio de su amigo, como ése de querer quemar todos sus manuscritos.

Kafka tenía que hacer un último esfuerzo, le faltaban la energía y la voz para expresarse, y su rostro, salpicado de finas gotas de sudor frío, aparecía extenuado.

–Imagínate... –decía, sin abrir los ojos, con un suspiro casi inaudible–, que todos mis manuscritos cayeran en manos de una vieja loca y apestosa, en una casa repleta de gatos, rodeados de orines fétidos y suciedad... Y que esa vieja asquerosa se lucrara con el esfuerzo de mi trabajo, y también su descendencia... –expresó con su típica ironía y permitiéndose arquear los labios con un esbozo de sonrisa.

–¡Qué cosas dices, Franz! ¡De dónde te vienen esas ideas! ¡Eso nunca pasará! –exclamó Max.

–No... Quémalo todo, quémalo todo...

En ese instante se abrió la puerta y entró Dora Diamant, que traía un ramo de flores envueltas en papel. Se acercó hacia su amado y, poniéndolas cerca de su nariz, dijo:

–¡Franz! ¡Mira qué lindas flores! ¡Huélelas!

Él se irguió con lentitud, suspiró el aroma que desprendían y abrió su ojo izquierdo para echar una última mirada a su querida Dora.

Al día siguiente, el 3 junio de 1924, Franz Kafka murió sin ver cumplida su última voluntad. ¿Dónde quedaron sus manuscritos, las moléculas y átomos de las flores que le llevó Dora Diamant, y los malolientes orines de los gatos de la asquerosa Esther Hoffe? Ése, en definitiva, fue su último cuento nunca escrito...

LA CIVILIZACIÓN DEL TIEMPO

El tiempo no existe, es una invención del hombre; las cosas suceden, nada más. El tiempo lo abarca todo pero no tiene materia ni sustancia, es un concepto abstracto. Por esta razón decidí vivir sin él y no contabilizar nunca más, ni segundos ni minutos ni horas ni días ni semanas ni meses ni años ni siglos ni eras... Con observar el cielo y las estrellas, la metamorfosis lunar, me sería suficiente, para ver salir el sol por el este y ocultarse por el oeste; así, volvería a mi esencia natural.

Fue cierto día cuando me dio por pensar en estas cosas, y todo como consecuencia de un acto fortuito. Caminaba por la ciudad y de repente hubo un apagón. Era de noche y las calles se quedaron a oscuras, bajo la ocasional luminiscencia vehicular que palpitaba por las arterias de asfalto. Aunque eso, sin embargo, no fue lo que llamó mi atención, ni siquiera el sonido de las alarmas que aullaban moleestamente con su intermitencia rompiendo toda armonía, pues sobre mi cabeza, por encima de los altos edificios, pude ver un cielo estrellado que me sorprendió con la magnitud de su belleza. Entonces, me pregunté: “¿Cuánto hacía que no me paraba a mirar el cielo como si fuera un paisaje?” “Años”, fue la respuesta.

Ahora las personas viven separadas de sus orígenes y ya no alzan la vista al cielo para ver las estrellas, ya no saben qué es respirar el aire limpio y transparente, vivir en armonía con la naturaleza, con su esencia, con lo inmanente que palpita en toda la creación. Hoy el tiempo lo contabiliza todo y es el símbolo de la escisión del hombre con su entorno. Pero en un principio, cuando aún no se había inventado, las cosas sucedían porque sí, no se buscaba una explicación del acontecer por el espacio, era lo normal, y el transcurso del día a la noche y viceversa, los ciclos estacionales y demás ordenamientos planetarios no necesitaban ser desentrañados. ¿Qué somos ahora que inventamos el tiempo? ¿Hacia dónde caminamos bajo su influencia?

La respuesta es simple: “La especie humana, desde entonces, se comporta como una verdadera plaga que pretende acabar con lo que le rodea.”

“Yo no seré cómplice de esta barbarie y abandonaré la civilización del tiempo”, me dije; y al mirar mi brazo izquierdo pude ver en él, rodeando la muñeca, un reloj suizo de un valor aproximado de trescientos cincuenta euros. Rápido me lo quité, con la intención de librarme de su dominio, y por un instante pensé en regalárselo a la primera persona que pasara por mi lado, pero

luego recapacité y concluí no hacer semejante daño al prójimo, y acabé arrojándolo por una alcantarilla. He de admitir que en primera instancia me sentí aliviado, pero enseguida tomé conciencia de la responsabilidad de mi decisión y de que tirar el reloj no bastaría para superar el nefasto influjo del tiempo. Al día siguiente, y tratando ser lo más congruente posible, decidí despedirme de la empresa donde trabajaba como ejecutivo, con un sueldo de cinco mil euros mensuales, además de dejar mi bonita casa con jardín, totalmente equipada, aunque con una hipoteca pagadera a treinta años (ahí quedaba el sueño que muchos quisieran, un modo de vida generalizado construido bajo las leyes del tiempo). Tomé la precaución, como es de suponer, de sacar todo mi dinero del banco, para así pegarle un literal y definitivo corte de mangas a mi existencia anterior. Muchos eran los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas, los años, que había vivido bajo la perspectiva y sumisión de un sistema ficticio, algo tan artificioso como el valor de todos aquellos papeles de colores a los que se les asigna una cantidad, un dinero tan falso como la materia del tiempo, un engaño para que el hombre siga oprimiendo a sus semejantes. Nadie se da cuenta de esto y por tanto nadie hace nada, y el balido de la especie humana resuena en los ecos de su ignorancia: ¡Beee, beee, beee, beee, beee...!

El siguiente paso, dentro de mis planes, fue comprar un par de cabras y unas gallinas, para luego tomar rumbo, con unos cuantos enseres que metí dentro de una mochila, hacia las montañas del norte de mi ciudad. A un lado de la carretera abandoné el automóvil, no sin antes prenderle fuego con los quince mil y pico euros que ya no necesitaba. Total, me quedaban tres años de letras para terminar de pagarlo (ya valores, en tiempo y cantidad, sin ningún sentido), y ardió soltando al aire la tremenda humareda de su impagable deuda. Casi me dieron ganas de proferir una carcajada, pero me limité a pegarle otro literal corte de mangas al último vestigio de mi vida: un BMW último modelo ahora envuelto en llamas. Y ahí lo dejé, entre el crujir y las chispas de su combustión, cuando por un camino de tierra me interné con mis dos cabras, mis gallinas y con la mochila a la espalda.

No tardé en llegar, tras un tiempo ahora impreciso e inmedible, hasta las faldas de un pequeño cerro por donde discurría un arroyo haciendo eses entre rocas, zarzas de mora y otro tipo de vegetación que desconozco, salvo las matas de orégano y tomillo que se extendían por ahí. Grandes grupos de rocas graníticas se amontonaban, como si se hubieran desprendido desde lo alto de la montaña, para formar a su antojo un paisaje singular entre el verdor de la hierba y el azul de un cielo immaculado. Respiré hondo, para llenar mis pulmones con el aroma de la

naturaleza, y al exhalar supe que por mi boca salían los últimos segundos de un tiempo ya extinguido. Por fin me sentía totalmente libre, con las dos cabras y las gallinas, envuelto por aquel paraje que ahora sería mi nuevo hogar. Busqué una gruta y no tardé en encontrarla, lugar idóneo para protegerme de las inclemencias del clima, y allí me instalé de lo más feliz con mis pocas pertenencias. Até las cabras a un árbol, y con unas cuantas piedras, unas ramas y una tela de alambre, construí un corralito para las gallinas.

Aquel día, sentado en la entrada de mi gruta, en lo alto, pude ver cómo el sol cubría el mundo de naranja. Luego, no tardaron en aparecer las estrellas, con una luna diminuta que era como un arañazo en el cielo, mientras los grillos cantaban desde su escondrijo a la noche de verano. Me tumbé con la espalda reposando sobre la piedra, para ver el mapa celeste que centelleaba en toda su amplitud, y me di cuenta de que allí estaba Dios arropándome con su abrazo.

Fue poco lo que tardé en acostumbrarme a los nuevos quehaceres, a mi nueva rutina, como lavarme por la mañana en el riachuelo, cuidar a los animales, procurar los alimentos y dedicarme a observar complacido la naturaleza. Me sentía totalmente limpio, puro como el aire que ahora respiraba, viendo salir el sol por las mañanas y ocultarse por las noches, dándome perfecta cuenta, también, de la evolución lunar. Ahora podía escuchar el lenguaje de la naturaleza, el susurro de la brisa y el grito del viento, diciéndome cosas que se dejaban intuir, cuando ante mi vista cada mínimo detalle adquiría un significado concluyente, pues lo que me rodeaba era partícipe de una esencia compartida. Todo esto, concluí, era lo que me había robado mi antigua civilización, lo que ahora suponía mi mayor tesoro.

Y así fue pasando el tiempo sin tiempo, sin mayor novedad, hasta que al final del verano apareció un grupo de muchachos, todos montados en bicicletas y al alboroto del griterío del que eran partícipes. Traté de esconderme para que no me vieran, pero todo intento fue inútil, pues casi llegaron hasta la puerta de mi refugio y los tuve que echar de allí con los mismos gritos que ellos expresaban. Su reacción fue, además de los insultos, lanzarme todo tipo de piedras (munición por ahí más que abundante), entre las risotadas que se concedían a costa de burlarse de mi presencia. No pude más que taparme los oídos y esperar a que se fueran, ya cuando el sol estaba a punto de ocultarse. Entonces me invadió una sensación extraña, de como si me hubieran desprovisto de algo sustancial, quizá la tranquilidad, mi recién conquistada armonía con el mundo, y sentí algo parecido al miedo, un mal presentimiento.

Al día siguiente, cuando el sol ya estaba en su cénit, regresó el grupo de muchachos con sus bicicletas y sus gritos, pero esta vez en mayor número. Rápido empezaron con su deleznable estrategia de lanzar, hacia el lugar donde me encontraba, toda arma arrojadiza al compás de risas e insultos. Aguanté como pude, lanzando más de una piedra, hasta que por suerte logré descalabrar al que los comandaba. Entonces celebré la victoria envuelto en alaridos, de tal modo que su reacción fue la de agarrar las bicicletas y huir pedaleando a toda prisa, con una polvareda tras de sí. Esta vez sentí la satisfacción por defender aquello en lo que creía, por expulsar a los futuros vasallos y ya integrantes de la civilización de tiempo, y disfruté con una sonrisa la puesta del sol y el resurgir de las estrellas.

Pasé dos días bastante tranquilo, con la rutina acostumbrada de ordeñar las cabras, recoger los huevos puestos por las gallinas, rebuscar algún que otro tubérculo silvestre, cazar saltamontes para el aperitivo, con el baño en el río y el retozar bajo la sombra de algún árbol, entre el canto de los pájaros y el sonido de las hojas movidas por la brisa, hasta que a lo lejos divisé varios vehículos acercándose. Rápido corrí hacia mi refugio, para agazaparme detrás de una roca y observar a los intrusos que cada vez estaban más cerca. Pararon en el rellano de antes de iniciar la leve subida al cerro, a unos cincuenta pasos de distancia, cuando ya podía distinguir al grupo de niños rezagados en bicicleta. El corazón lo sentía ligero y la inquietud me dominaba, de tan sólo pensar en que yo era el objeto de tal expedición de reconocimiento. De los coches bajaron algunas personas, en su mayoría pertrechadas con cámaras fotográficas, que no dudaron en mirar y caminar hacia donde un chiquillo les indicó. El dilema era el siguiente: huir o enfrentarme a ellos. Me decidí por lo segundo, y no vacilé en subirme a una roca para gritar: “¡Por favor, déjenme en paz! ¡Sólo quiero vivir tranquilo!”; y así lo repetí en varias ocasiones, de una manera no ofensiva pero a la vez con cierta determinación. Y el resultado fue que no siguieron avanzando, pero, en cambio, me enfocaron con los objetivos de sus cámaras fotográficas y teléfonos móviles, para tomar un registro visual de lo que para ellos suponía un insólito acontecimiento. Los niños de las bicicletas, que ahora parecían más silenciosos, se juntaron con los mayores. Esta vez, por lo menos, no se repetiría el acoso de pedradas e insultos, pues en ningún momento consideré que mi integridad física pudiera correr algún riesgo, a pesar de presentir que el mundo se quebraba bajo los pies. Seguí repitiendo mi reclamo hasta que, después de un rato, igual que llegaron se fueron, primero los adultos en los coches y los niños dando pedaleadas por detrás.

Aquella tarde recibí la noche sin ver ocultarse el sol, pues el horizonte estaba lleno de oscuros nubarrones. Más tarde tampoco pude observar el cielo nocturno, porque las espesas nubes cubrieron todas las estrellas, y la luna sólo se dejaba percibir por un halo tenue y difuso. La preocupación me asaltó para dar paso al insomnio y a un sinfín de pensamientos negativos que, a su vez, me conducían directo hacia las esferas de la obsesión, en una dinámica realimentada hacia una salida sin retorno, como una espiral que ansiaba buscar el infinito. “Ya nada sería igual”, pensé, como más tarde así sucedió.

Día a día, y de manera creciente, todo cambió respecto a mi relación con los alienados del tiempo y, a fin de cuentas, con mi nuevo proyecto de vida, pues cada vez fue en aumento el número de intrusos y curiosos que se acercaban a los pies de mi refugio, todos provistos de cámaras fotográficas y de vídeo, con la intención evidente de arruinar mi nueva armonía, en algo que interpreté como una lucha contra todo lo que yo representaba. La civilización destructora de la naturaleza, el humano aniquilador, no perdían la oportunidad de enterrar cualquier expresión contraria a las leyes del tiempo que les regía, de acorralar como un animal perseguido y en extinción a quien osara a rebelarse contra la autoridad inmoral de toda una historia plagada de guerras fratricidas. Por eso me negué a marchar a otro lugar, a huir como un cobarde, pues siempre, una y otra vez, volvería a suceder lo mismo. Lo mejor sería aceptar mi destino y luchar por mantener mi independencia frente a los esbirros del tiempo, y dar la vida, si fuera preciso, por mis ideales.

Ahora me sabía un héroe en defensa de todas las especies del planeta, el último vestigio de una razón perdida, cuando, a mis pies, ya entusiastas multitudes se juntaban para verme como si fuera una atracción de circo. No se hicieron esperar los reporteros de letra impresa y de televisión, y ya me imaginé como portada de revistas y tema de noticiarios y otras tertulias destinadas para una audiencia “subnormalizada”. Cuando salía de mi refugio, y me dejaba ver, las gargantas exclamaban asombradas; pero si alguien osaba acercarse demasiado a gritos y pedradas lo alejaba. Ellos, en cambio, me arrojaban piezas de fruta y cacahuates.

Un día, que ahora puedo determinar con exactitud en su fecha, toda mi existencia tomó los derroteros de la incertidumbre, por no haber sido capaz de librarme en su totalidad del predominio de esa cultura del tiempo que lo empapa todo y que, por consiguiente, se volvió a apoderar de mis más preciados pensamientos, pues los estados de ánimo y todo acto ya dependían de la pugna en la que me veía inmerso, y así no me pude contener cuando empujé al camarógrafo

de un programa de televisión, que tuvo la osadía de llegar hasta la puerta de mi refugio, que luego cayó aparatosamente para romperse el cuello y morir.

Ahora estoy encerrado en una celda, acusado de homicidio imprudencial y otros delitos, mirando los barrotes que me separan del mundo, contando sin remedio los segundos, los minutos, los días, las semanas, los años, para poder recuperar la libertad y siempre bajo la inevitable permanencia del tiempo.

LA MOMIA DE UN NAZARENO

Estaba escrito con agujas y tinta en su piel. El cuerpo momificado se encontró en una cripta sellada por el tiempo, en la ladera de un monte. El texto, escrito en arameo, decía lo siguiente:

Yo soy Jesús, conocido como el Nazareno, el que murió en la cruz y no resucitó. En mi nombre se derramará mucha sangre inocente, por mis enemigos y falsos seguidores en mis seguidores. En mi nombre se edificará una religión, que tergiversará mi Palabra y pensamiento, para hacer de este mundo un lugar más injusto. En mi nombre se regresará a la adoración de las imágenes; en mi nombre se amasarán fortunas para los poderosos; en mi nombre se torturará y se condenará a personas inocentes a morir en la hoguera; en mi nombre se establecerá una falsa moral para reprimir a la Humanidad; en mi nombre se harán guerras y más guerras, y con estos actos se vejará, también, el nombre de mi Padre.

La momia fue debidamente embalada y se trasladó, con sumo secreto, a un instituto científico subordinado al Vaticano, en la ciudad de Perugia, junto al río Tiber. Un estudio pormenorizado de la momia, con la prueba de carbono 14, estableció que su fecha databa de antes de la Era Cristiana, de los tiempos del prefecto Poncio Pilatos, y su aspecto visual, medidas y marcas, coincidían con las del Santo Sudario que se conserva en la Catedral de San Juan Bautista, en Turín.

Este hallazgo, sin duda alguna, era el más fabuloso de la historia y el que, a su vez, ponía en entredicho o negaba de plano los cimientos de esa misma historia. El nerviosismo y asombro del personal científico quedó de manifiesto, y rápido se nos confinó en una sala sin tener acceso al mundo exterior. El secreto debía guardarse a toda costa. Doce personas, igual que doce apóstoles, éramos los únicos depositarios de esta verdad, aparte de los superiores eclesiásticos que estaban al tanto de las investigaciones, y se nos prometió que en poco tiempo podríamos salir. La incertidumbre y el miedo fueron nuestros primeros sentimientos, mientras esa espera, que se nos antojaba infinita, se iba dilatando con el paso de las horas.

Los allí presentes nos mirábamos a los ojos sin decir nada pero sabiendo, por la expresión de nuestras caras, mucho más de lo que se dice por medio de las palabras que éramos incapaces de pronunciar. Todos, supongo, hacíamos en esos instantes cualquier tipo de pedidos al más Altísimo, además de acordarnos de nuestros seres queridos. Tantos años de estudios para acabar prisioneros por culpa de la momia de un nazareno, que venía a deslegitimar toda una religión. Sus ideas, desde luego, no dejaban de ser útiles para la salvación de la Humanidad y para vivir en concordia con los demás, pero cualquier atisbo sobre su muerte suponía el final de toda una mitología que lo proclamaba como el hijo del único Dios, además de la negación de su esencia divina.

En aquellos momentos, durante el obligado encierro, llegué incluso a pensar que nos matarían con tal de guardar el secreto, para que a toda costa no fuera divulgado y la mínima sospecha no trascendiera a ningún particular ni a la opinión pública. ¿Cómo poder asegurar que alguno de nosotros no tuviera la tentación de hablar más de la cuenta, al igual que un Judas Iscariote para toda una tradición? Nosotros éramos los nuevos apóstoles de una religión fallida, ya fuera por las palabras que tenía tatuadas en su piel aquella momia o por el simple hecho de la negación de lo que se decía en el Nuevo Testamento, cuando nuestro Señor permanecía dentro del depósito, sobre una camilla, a la temperatura precisa para conservarse en las mejores condiciones. Ahora, al mirar a mis compañeros de trabajo, ya podía advertirlos como mártires de una nueva religión, de la casualidad fatal propiciada por el destino a través de unas sentencias acusatorias escritas en arameo, que ya se me presentaban de una certidumbre demoledora. Con mis propios ojos había visto aquellas letras, marcadas en negro sobre la arrugada piel reseca, en su espalda, entre las inequívocas señales de un martirio. No me cabía la menor duda sobre la verdadera identidad de ese cadáver, que perduró para resurgir unos miles de años después.

Al anochecer nos trajeron la cena: doce *cibattas* de pan y cuatro botellas de vino tinto de Lambrusco. De mal agüero se me hizo el menú, como si fuera una mala broma, por todas las connotaciones de una muerte anunciada, un mensaje que advertía lo que estaba por venir. Aun así, compartimos esos alimentos con la gravedad que nos impuso el mismo acto, mientras la momia debía continuar en el depósito y sobre la camilla, allí fuera, sin poder hacer nada por nosotros, sus únicos discípulos.

MANZANAS

Cuando Newton estaba sentado debajo del árbol, y le cayó la manzana, descubrió la fuerza de la gravedad. Muy inteligente fue para darse cuenta de ello y de no haber sido por él, y por esa manzana, todos ahora andaríamos flotando a medio metro por encima del suelo. Sin Newton, desde luego, el mundo sería otro.

Más lejana nos queda la manzana de Eva y su pecado original, el de querer poseer lo prohibido, el de ansiar la materialidad, y por culpa de esa manzana el mundo es mucho peor de lo que podría ser, cuando el Paraíso Terrenal se perdió por la codicia.

Otro caso diferente es el de Guillermo Tell, que por un malvado gobernador fue obligado a atravesar, con una flecha de ballesta, desde una distancia de cincuenta pasos, una manzana colocada en la cabeza de su hijo. De esta manzana no se puede decir nada en contra, cuando tampoco sabemos quién se la comió: si el hijo, el padre o el malvado gobernador. A este respecto, y no por la manzana sino por la imitación, un escritor llamado William S. Burroughs, tratando de emular la proeza del tal Guillermo Tell, en una borrachera mató a su mujer de un tiro en la cabeza, al no ser capaz de acertar el vaso que puso sobre ella.

De manzanas envenenadas tenemos la de Blancanieves, que cayó en un sueño casi mortal por las envidias de una reina bruja y por culpa de las aseveraciones de un espejo mágico. Rivalidades de belleza y modelos de pasarela, de actrices de cine, de princesas, de reinas y muchachas campestres, cuando la belleza, por otro lado, es algo relativo que depende de gustos diversos. De los siete enanitos nada se sabe, si comían manzanas o bayas silvestres, aunque en realidad eran bien feos, no como el príncipe que de un beso en los labios despertó a la desdichada campesina.

En rivalidad están las manzanas de la discográfica de los Beatles y la más cibernética de Macintosh (Mac para los amigos), tecnológicas ambas y no como las anteriores, creadas para hacer dinero y, por el carácter que les otorga la materialidad, más parecidas a la de Eva y el Pecado Original, que nos llevan de regreso a estos tiempos de una Humanidad vencida por la simbología hipnótica de un simple fruto arbóreo, casi siempre en discordia como aquella manzana de oro que Paris le entregó a la diosa Afrodita.

SENTIMIENTO SUBLIME

Dedicado al Padre Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, grande de la Iglesia Católica y protegido del recién beatificado Juan Pablo II, para que Dios le tenga en su seno.

Siento algo especial cuando le veo, con la piel tan lisa, tan limpia, tan joven, como si fuera un ángel, un querubín, con los rizos de oro y su mirada transparente. Enfermedad contagiosa la de la belleza, de la pureza del espíritu, virginal y sin pecado. Es mi niño bonito y siempre añorado, lo que me aparta del mundo terrenal, su sola imagen, su presencia que me trasporta al mismo Paraíso. La claridad aparece entonces, de un estado supremo que me guía por los senderos de lo Celestial, allí a los brazos del Creador, por saber que en este mundo de miserias, de sinsabores y dolor, existen seres en esencia tan digna. ¡No bastan las palabras para expresar tal sentimiento y ni la misma poesía alcanza para describir dicho estado! ¡Gloria suprema! ¡Bienaventuranza! ¿Cómo comprender la naturaleza del hombre ante algo tan puro? Sin duda, es Dios el que se muestra en ello. ¡Imposible describirlo con palabras! ¡Cómo negar su existencia ante semejante prueba! ¡Es el amor!

Y allí, en nuestro refugio secreto, permanecemos. Mis palabras son amables, suaves como caricias, y sus ojos brillan con la intensidad de la inocencia. Es mi niño de bucles de oro lo que más quiero en el mundo, él me transporta hacia los brazos del Señor y me aparta del pecado. Le siento en mis rodillas y le hablo, de la suerte que tenemos por estar juntos, por compartir nuestras vidas ante los ojos del Supremo. Acaricio su pelo y respiro su aliento; siento su lengua pequeña dentro de mi boca y palpo su entrepierna. ¡Tan bello! ¡Tan inocente! ¡Sin pecado! ¡Es el acto del amor! Y le desnudo para contemplar toda su grandeza, para besar su cuerpo, su piel y su miembro blanquecino. ¡Oh Dios! ¡Gracias por semejante regalo! ¡Toda una religión y tu Palabra para ello! ¡Sentimiento sublime! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Contágame con tu pureza! ¡Ya estoy dentro de él! ¡Dentro de ti! ¡Contágame con tu fuerza! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios!

Y el amor carnal realiza su transmutación hacia el espíritu, el amor verdadero de nuestro Cristo y Señor. Ya no importa el acto carnal ante tal sentimiento, tan puro como el agua cristalina de un manantial, como la brisa en el bosque, como el aroma de una flor.

UN ÁTICO EN TOLEDO

Suena una melodía que recorre el espacio hasta penetrar donde puede ser reconocida. Tengo un cepillo entre mis manos y barro el suelo de una casa que no es la mía. Las paredes son verde claro, y por las ventanas, desde donde se ven los tejados de una ciudad antigua, entra el aire caliente. Estoy esperando a que ella llegue, que suene el timbre para abrir la puerta y toparme con su presencia. Dos pequeñas carpas anaranjadas no paran de dar vueltas dentro de una pecera esférica, sobre una televisión que permanece siempre apagada. Al fondo, un cuarto con una cama de un metro veinte, con las sábanas arrugadas, es el testigo mudo de algo que no puedo olvidar. Tiendo esas sábanas pensando en ella. De alguna manera he de mostrar mi agradecimiento por el hecho de haberme recibido en su casa, en su vida... No olvidé registrar cada detalle, pues sé que nuestro tiempo es limitado, tan escaso que prefiero no pensar en ello. Muchas veces vivo las experiencias sin fijarme, sin reconocer lo que más tarde debería recordar; esta vez no pasará, puse atención en cada línea de su cuerpo, en cada gesto, en el decorado de la escena. La primera noche que nos amamos había luna llena, y nueva en la última. Ésa es la duración lunar de nuestra historia, todo de acuerdo a los astros, como si fuéramos el capricho de una fuerza superior e invisible, de un dios astrológico que nos concede parte de un tiempo destinado exclusivamente para el amor. No hubo para mucho más. En algún momento llegó a desconcertarme, pues no fui capaz de descifrar sus intenciones, su entrega, pero poco se puede hacer cuando los granos de arena del reloj están contados. Jamás supe de sus pensamientos, difíciles de adivinar, en especial cuando fumaba sentada en una silla con las piernas cruzadas, con su pose indiferente, recortándose con la mirada perdida sobre la ciudad nocturna. Aún así creo en ella, sin tener del todo claro cuáles serán sus intenciones. Tengo nada más lo que me quiso dar o lo que le pude sacar, lo que nos concedimos... Suena el timbre de la puerta. Abro, y allí está ella con una sonrisa. Pienso si sentirá lo mismo que siento yo. ¿Será la que crearon para mí? Es una pregunta siempre difícil de contestar, pues quizá esa persona no exista, aunque prefiero pensar lo contrario, es una razón para vivir. Sabemos que nos queda poco, no sé si le importará pues nunca me reveló sus sentimientos ni los pude intuir. Quiero besar otra vez sus piernas, estar dentro de ella, sentir su abrazo fuerte en la espalda cuando nos amamos. Quiero detener el tiempo, ser mago para cambiar las reglas y hacer que la dicha sea imperecedera.

Hoy suena de nuevo esa melodía y me acuerdo de ella. Ahora un océano nos separa, pero queda la esperanza de que también su corazón haya sido mío.

VISIONES ETÉREAS

La otra noche me encontré con George, por ahí, en cualquier bar. Le pregunté si tenía algo, y me dijo que sí. George es un buen tipo y siente por mí gran aprecio, de tal modo que cuando le domina la devoción, ante la solicitud, se estira un tantito sin rechistar. Yo nunca hago acopio y lo que me cae es de regalado, pero, para ser sincero, no me excedo en tales cuestiones.

Nos encaminamos hacia un callejón por detrás del Teatro Principal, camino a su casa, en busca de aquello que suscita variedad de pensamientos.

En unos minutos estábamos ahí, sentados en el sofá platicando de asuntos diversos, sin importancia. El humo ya flotaba en la habitación con mil curvas caprichosas en movimiento. Frente a nosotros, tras la bruma, había un ventanal donde se veía, en la penumbra, una casa iluminada por la claridad de la luna creciente. De pronto, dentro de una habitación de esa casa, se encendió la luz y pudimos observar cómo entraban dos personas, una mujer joven y un hombre algo más mayor. Sus labios se movían pero no adivinábamos el significado de sus palabras. Él sostenía una cámara fotográfica en su mano izquierda y hacía gestos como para dirigir la acción de la joven. Ella comenzó a posar y el flash la iluminó con su luz fría, a la vez que mostraba una bella sonrisa. A continuación el hombre se acercó, y despacio, muy despacio, comenzó a desabrocharle cada uno de los botones de la blusa, rozando a veces, como sin querer, las zonas más abultadas del cuerpo de la joven. En un momento el sostén se hizo notar por su ausencia, pues aparecieron unos pechos firmes coronados por pezones tan oscuros como la tierra mojada.

George y yo, entre risitas, comentamos que la cosa se ponía interesante, con tan buen momento para estar ahí, mirando a través de la ventana como el que está sentado frente al televisor, mientras la secuencia continuaba.

Otro flash iluminó los pechos, acariciándolos con su luz... Luego, la blusa ya no estaba en su lugar, pues la piel en su conjunto era la que recibía el fognazo del flash... Ya se nos estremecía el corazón y algo más... Otro flash y una sonrisa... El hombre la miraba mientras le hacía indicaciones... Entonces, se acercó a ella para desabrocharle el pantalón y deslizarlo lentamente por las caderas...

Esa joven ahora nos dejaba ver hasta el último vértice de su vello púbico, y la luz del flash la volvía a iluminar para mostrarla con más nitidez.

Él y ella, ahí solos, dentro de esa habitación, se miraban a los ojos con intensidad, quietos, como la presa y el animal que esperan el instante definitivo. Pero él, de repente, dio un par de pasos y apagó la luz.

Ya no vimos nada más, aunque bien pudimos imaginar el final...

Esa noche me tocó dormir solo, sin la mujer deseada, sin un cuerpo suave que acariciar. Así es la vida, a veces tanto y otras tan poco. Entonces recordé la escena de aquella noche para sentirla como algo propio, como el recuerdo que se guarda en la mente con la impresión de su luz perpetua.

Luego, me dormí.

A la mañana siguiente, nada más levantar, como de costumbre, me pegué una buena ducha y luego, después de vestirme, salí a desayunar dirigiéndome hacia el centro de la ciudad.

En la Plaza de la Paz, en la terraza de un restaurante, me senté y ordené al mesero algo de comer. Mientras esperaba realicé una visión panorámica por alrededor, cuando, para mi sorpresa, reparé en la presencia del fotógrafo indiscreto, que estaba sentado en una mesa leyendo La Jornada.

No dudé en acercarme hasta su mesa para darle los buenos días, y me invitó a que lo acompañara.

Ahí sirvieron el desayuno, y estuvimos platicando el tiempo que tardé en pasar aquellos alimentos hacia el estómago. Me contó que se llamaba Gabriel de Campo, fotógrafo por afición, y que sólo retrataba a las mujeres en su intimidad, como si a través de dicho acto les robara el alma sin querer, algo que ellas cedían sin saber por qué. En su mirada y en su gesto observé cierta lascivia, cuestión que le llevaría seguramente a desarrollar todo aquel ritual para conseguir su objetivo: el de perfecto *voyeur*; pues la cámara y las fotografías eran tan sólo la excusa para robar aquellos instantes, vividos en tiempo real, cuyo último fin sería satisfacer sus deseos más inconfesables.

Al final Gabriel de Campo se fue, pero no sin antes regalarme una imagen, perfecta réplica de aquella mujer que pude ver a través del cristal de una ventana, cuando George y yo fuimos testigos, en la misma condición de *voyeurs*, de una figura repetida ahora tres veces: en esa fotografía, en nuestra memoria y en el tiempo real.

PENSAMIENTOS INESCRUTABLES

En algún momento nos planteamos cuestiones que inciden en los esquemas preconcebidos de nuestra mente, deducciones generadas en base a comportamientos inespecíficos en la inercia del subconsciente. A este respecto, y sin ir más allá de una deducción establecida bajo parámetros comparativos, la visión de lo inconcebible hace que surjan, ante aquellos sucesos sobre los que no se tiene una explicación, los abismos de lo inescrutable: todo lo que abarca lo desconocido, una comprensión en fuga que se establece como la antítesis de su propia verdad, en una cultura surgida para sustentar ideas de fácil aprendizaje. Así, con este método de formación mental, el progreso del intelecto, en cuanto a una perspectiva dirigida a lograr una perfecta comprensión del mundo, nos aparta decididamente del análisis en el discernir de la realidad objetiva y, más aún, de una norma que rechaza cualquier tipo de subjetividad. Es por ello que el humano, en su intrínseco dilucidar de la realidad, no asume su papel de protagonista ideológico en el entramado prelusorio de la lógica formal, sino que, por el contrario, afronta la parálisis de su omisión existencial hasta el punto de que ninguna observación filosófica, ni científica, ha logrado hasta ahora desentrañar lo inescrutable (ya sea a partir de ideas prejuizadas o de factores inequívocamente erróneos en el planteamiento de las formas analíticas).

La conclusión más importante, a la que podemos llegar tras esta breve exposición, es que el humano se convierte, por no conocer lo inescrutable, en un inadaptable ante su propia existencia, como si padeciera un autismo funcional que le impidiera la convivencia en armonía con su entorno y con todo aquello que existe y fue creado. Aquí, también, obtenemos la explicación del fracaso de toda religión para solucionar las relaciones del hombre con sus semejantes, con un Dios que no saben explicar y que se queda como algo perteneciente a los dominios de lo inescrutable. Pero a partir de hoy, mediante este sencillo análisis, que ha de profundizar en un postrero estudio sobre lo inescrutable, se podrá desarrollar un método específico para encontrar la solución a las diferentes distorsiones de lo irracional y a la lógica impuesta por los poderes dominantes en nuestra sociedad, poderes que gobiernan nuestras vidas haciendo valer la falsedad como un insulto a esa inteligencia ahora inexistente, un engaño impuesto a la fuerza mediante reglas y leyes aprobadas por ellos mismos para mantener un sistema fracasado, y alimentar, nada más, la irracionalidad presentada como hecho racional. Pero con este juego filosófico sólo

pretendo hilar ideas con palabras y palabras con ideas, en un juego que, de pronto, se convierte en literatura... Y tú, lo leíste.

AQUELLA PRIMERA VEZ

Se levantó por la mañana con una idea en la cabeza, algo que llevaba días rondándole con una persistencia casi neurótica, como producto de una imaginación sin límites. No supo tan siquiera de dónde le surgió, cosas que uno piensa de repente sin querer, por un instinto natural que necesita, eso sí, de cierta planeación.

Se vistió rápido y salió a la calle sin desayunar.

En un tianguis cercano, a la entrada del mercado, comenzó a buscar el objeto de sus deseos. Por ahí esperaba toparse con la imagen blanquecina, de la ansiedad de ese único pensamiento. Y de pronto la vio, resplandeciente y cálida a la luz de la mañana. Sin pensarlo dos veces, por tan sólo cincuenta pesos, la compró.

Una vez en la soledad de su cuarto, con la respiración agitada por el caminar y la emoción, tembloroso de puro nervio, ató con un cordel las patas de una hermosa gallina blanca. La dejó por unos instantes sobre la cama y se bajó los pantalones. Luego la volvió a agarrar con ambas manos, sujetándola con fuerza, y comenzó a penetrarla con su miembro erecto por el ano. Entró poco a poco, no sin dificultad, y la gallina se soltó a chillar desconsolada con un cacareo continuo que más parecía una señal de auxilio. Pero nadie la escuchó, en ese martirio sodomita al que se veía sometida. Él, mientras tanto, la agitaba bien asida entre las manos, para delante y para atrás, y ella, moviendo las alas intempestivamente, le acariciaba con el aire los testículos. Uno gozaba y la otra sufría, pero así eran las cosas del destino. Al cabo de un rato, con el rostro contraído, sudoroso y desencajado, eyaculó dentro de la gallina soltando un grito de placer, quedándose unos segundos dentro de ella. La gallina dejó de mover las alas y con un leve pitido, pero continuo, expiró.

Fue una experiencia inigualable, lo máximo hasta el momento, un sueño hecho realidad, un acto de zoofilia menor debidamente consumado.

El muchacho se llamaba Francisco Emiliano, más conocido como Panchito, y se ganaba la vida limpiando zapatos a pura boleada. Todavía era púber y, para ser preciso, bastante feo, con una nariz a modo de porra por su tamaño exagerado, protuberante extensión de carne que sobresalía con ahínco de su rostro, más el aderezo de unos ojos grandes y saltones, como de sapo, que se situaban hacia los costados de una cara plagada de espinillas. La verdad, la naturaleza no

se había lucido con él, pues además era chaparro y panzón, con piernas cortas y arqueadas que al caminar hacían oscilar su cuerpo como si fuera un pato. Pero no le quedaba otra, ante tales circunstancias o fallas de la naturaleza, que echar para adelante con tan desfavorable condición.

Por el centro de la ciudad, de México D.F., entre boleada y boleada sentía una inquietud enfermiza que lo atenazaba, la angustia de tener que satisfacer sus instintos. Necesitaba descubrir mucho más, saber qué era, ser un hombre de verdad, para asentarse existencialmente con la certeza de asumir los procesos naturales. Lo de la gallina, a fin de cuentas, tan sólo fue el paliativo de una necesidad mayor: la de amar a una mujer.

Panchito, cómo es de suponer, no tenía novia, ya fuera por su físico poco agradable o por simple abandono, siempre vestido con la misma ropa y las uñas negras de betún. Y en su caso, al contrario del dicho, no había un roto para tal descosido. Él ya sabía que le sería imposible conquistar a una mujer, pero tales eran sus ganas que se hacía necesario elaborar el plan correspondiente. La única opción, por tanto, era hacerlo con una prostituta, y ya sabía de una por el rumbo de la Colonia Buenos Aires, en un solar baldío entre arrumbados edificios.

Cuando anocheció, y habiendo terminado de trabajar, se encaminó en su busca. Durante el trayecto no pudo dejar de pensar en lo trascendente de su decisión, de tal manera que se abultaba, en ocasiones, cierta parte bajo su pantalón.

Pasando por entre unas planchas de metal entreabiertas, llegó al lugar. En la oscuridad de la noche se podía entrever el morboso espectáculo, donde una fila de hombres, la mayoría con mal aspecto y desaliñados, esperaban su turno no muy lejos de donde otro daba sus acometidas rítmicas sobre la puta, que permanecía de pie y apoyada sobre el muro de un edificio.

Panchito se puso el último en la fila, detrás de siete personajes del inframundo capitalino. El más cercano a él apestaba a alcohol, mezclado con cierto aroma de orín, y el de más adelante, que parecía subnormal, se andaba masturbando. La verdad, el panorama no era muy alentador, pero aun así siguió con el plan establecido.

El hombre maloliente le miró nada más llegar, y luego preguntó con voz ronca y desvariada:

–Qué onda, escuincleee, ¿a darle de puro empujonsitoo?

–Sí señor –respondió Panchito.

–Pues échale alcohol a la verga después de haserlooo...

–¿Para qué? –preguntó Panchito extrañado.

–Pues pa que va ser, pendejooo, pa que no se te caiga a pedasos.

Y el retrasado mental, que se había dado la vuelta, comenzó a reírse sin dejar de hacerse la puñeta.

–Pues, me traje un condón –repuso Panchito.

Y ahí esperó largo rato, cada vez más nervioso según se acercaba su turno, hasta que por fin pudo estar frente a ella: una mujer obesa que enseñaba unos grandes pechos asolapados, cuyos pezones pendían de su último extremo, mientras que la barriga le hacía un doblez por encima de una falda arremangada y unas celulíticas piernas varicosas.

–Vamos niño –le espetó, y Panchito apresurado trataba de colocarse el condón.

Ya dispuesto se acercó hacia ella. La miró a los ojos y pudo ver la alta numeración de su tacógrafo, mientras respiraba el agrio olor de su cuerpo. Instantáneamente la verga de Panchito se vino abajo, como si fuera de plomo.

–¡Qué pasó niño!... Si no se te para, me pagas igual.

–Si doña –contestó, a la vez que alargaba un billete de cincuenta pesos, el precio acostumbrado por sus servicios.

Y los allí presentes, entre carcajadas e insultos, despidieron al pobre Panchito que se alejó cabizbajo del lugar. Según caminaba hacia su casa, mil ideas y sensaciones le pasaron en aquellos momentos de desconcierto y tristeza, hasta que una vez, en lo más oscuro de su habitación, pudo conciliar el sueño.

Por la mañana, nada más despertar, llegó al convencimiento de que debería invertir más para lograr su propósito...

Panchito trabajó durante semanas y ahorró una cantidad que sobrepasaba los quinientos pesos. Ahora disponía del capital para iniciar una empresa más ambiciosa y así permitirse una puta en mejores condiciones. Se sentía feliz y en sus labios podía observarse el rastro de una sonrisa, mientras caminaba con la vista puesta en la lejanía, sin mirar hacia ningún lugar determinado.

Ya en la zona de La Merced comenzó a merodear por las calles. En las aceras, en las esquinas, bajo los portales, las señoritas se contoneaban coquetas, mostrándose embutidas en sus provocativas vestimentas. No tenía una idea específica y exacta, pues dejaría que la naturaleza, a través de sus reacciones, decidiera. Miró aquí y allá: rubias, morenas, gordas, delgadas, culonas y desnalgadas, una gran variedad entre el muestrario, y el sensor de su entrepierna seguía sin inmutarse hasta que apareció una joven con una corta minifalda, de cuero negro, que dejaba a la

vista sus torneadas piernas. El torso lo tenía cubierto con una blusa de tul blanquecino, donde se transparentaban sus pechos puntiagudos con pezones rosados. Era albina, con el pelo muy blanco sobre los hombros.

Panchito enseguida notó, apretándole en la entrepierna, la turgencia de su miembro, mientras su corazón se aceleraba con un palpitar inusitado. Se acercó hacia ella y preguntó:

–¿Cuánto?

–Seiscientos pesos –contestó.

–Sólo tengo quinientos.

–Vamos... –dijo, cerrando el trato.

Caminaron por la calle, él con su andar de pato detrás de ella, hasta perderse por la penumbra del portal de una vieja edificación. Subieron por las escaleras, iluminadas con luz macilenta, hasta llegar frente a una puerta del segundo piso. La habitación era pequeña y sin decorar, con una sola cama, una ventana, las paredes gastadas por el tiempo y un juego de baño despostillado.

Ella se sentó en el borde de la cama y comenzó a quitarse la ropa. Su piel no era blanca, era blanquísima, casi transparente, como sus cejas y pestañas. Panchito la observaba de pie, en el centro de la habitación, cuando ella preguntó:

–¿Es tu primera vez?

–Sí –contestó Panchito, asintiendo con la cabeza.

–No te preocupes, todo saldrá bien y mucho mejor si empiezas a desnudarte.

Panchito hizo lo propio, y ella, mientras tanto, ya sin ropa, se tumbó sobre la cama con las piernas abiertas. Él podía observar su vulva rosada en medio de tanta blancura, entre vellos cristalinos. Visión maravillosa que se fijó con fuerza en su retina, con la luz de ese cuerpo que a la vez resplandecía en su interior. Tanto blancura le recordó a aquella gallina sodomizada, y ante tal evento logró una erección inusual.

–Ven –le dijo ella–. Me llamo Albina...

Aquel día Panchito se portó como un hombre y de aquella mujer quedó prendado, una pasión secreta que guardó para siempre como el más bello de los recuerdos, de la primera vez que un limpia botas, feo, chaparro y barrigón, también tuvo el derecho de amar a una mujer.

ANÉCDOTA ASTRAL

Aquel día el sol salió por el poniente. Muchos no se dieron cuenta, e incluso en las noticias el hecho fue menos relevante que la entrega de los Oscars. Esa mañana me extrañó no despertarme con la claridad que habitualmente se colaba por la ventana, y por ello me levanté, creyendo que era temprano, dos horas más tarde. Rápido me di cuenta de la novedad, cuando caminé hacia otra parte de la casa y observé el sol por el poniente. “¿Qué es esto?”, me pregunté, pues la noche anterior ni había salido a bailar ni me había emborrachado como para levantarme al atardecer, además las piernas las sentía bien y no me dolía la cabeza. “¿No será un sueño?”, fue mi siguiente pensamiento, y por ello me palpé la cara y corrí hasta el cuarto de baño para mirarme en el espejo. Ahí estaba yo reflejado, diciéndome en voz alta algunas palabras destinadas a corroborar aquella realidad puesta en duda. Luego me asomé hacia la calle. A la gente la vi tan normal: el repartidor del gas cargando el cilindro, las señoras haciendo la compra y al vendedor del agua con su grito acostumbrado. Todo esto me pareció muy extraño. Me acerqué a la ventana y el sol seguía ascendiendo por el oeste: yo no estaba loco. Prendí la computadora para consultar las noticias en Internet. En el primer periódico digital que visité, en primera plana, aparecían las nominaciones y ganadores de los Oscars, el último concierto de Shakira, unas declaraciones del Presidente de México, algo relacionado con la crisis económica, y en una esquinita, en la parte inferior, un titular con letras pequeñas que decía: “Hoy el sol salió por otro lado.” Leí la noticia y no se aclaraba nada, ningún dato que ampliara dicha evidencia astral. Consulté otros periódicos y agencias de noticias, y la mención del cambio astrológico ocupaba un lugar marginal en importancia informativa.

Me vestí de forma apresurada y salí a la calle. Esperaba percibir alguna reacción en la gente, pero todos caminaban como si nada, eso sí, con la sombra cambiada de lugar en referencia a los días anteriores. Entonces, decidí entrar en la tiendita de la esquina para comprar un yogurt e indagar sobre el asunto...

–Buenos días –le dije a la señora–. ¿Se ha dado cuenta de que hoy el sol salió por el lado contrario?

–Sí, eso parece –respondió, como si fuera lo más normal, y agregó–: ¿Ya se enteró que la película de Tom Cruise ganó doce Oscars?

–Sí, eso parece...

Respondí un tanto desanimado, agarré un yogurt de fresa del refrigerador, lo pagué y me despedí. Ya en la calle, en compañía de mi sombra cambiada de lugar, dirigí los pasos hacia el centro de la ciudad. El Planeta Tierra, lo más probable, es que hubiera cambiado la dirección de su giro y, en este caso, los japoneses lo tendrían más en cuenta por haber sido el país del sol naciente, y su bandera nacional, por esta circunstancia, ahora ya no tendría ningún sentido. En estas latitudes, sin embargo, el alcance de dicho fenómeno parecía no importarle a la gente, aunque tampoco tenía noticias que corroborasen mi teoría con respecto a los japoneses, y todo, por tanto, era pura especulación.

Me encaminé hacia una sucursal bancaria para pagar el recibo de la luz. Allí había algunos haciendo fila, y yo, como es lógico, me puse al final de la misma. Dos señoras comentaban que la película de Tom Cruise había ganado doce Oscars, que estaba muy entretenida y que el protagonista salía muy guapo. Al parecer, ése era el tema principal del día y a nadie parecía importarle un suceso único en la historia de la humanidad, sin pretender, desde luego, quitarle méritos a la película de Tom Cruise.

–¡Eh! ¡Señoras! –les dije–. ¡Qué bueno lo de Tom Cruise! Es que la película está muy bien...

–Sí, es estupenda –dijo una de ellas, acompañada de una amplia sonrisa, y añadió–: En casa la hemos visto todos, desde mi hijo más chiquito hasta la abuela.

–Y yo la he visto dos veces, pero pienso ir a verla de nuevo –comentó la otra.

–Por cierto –intervine yo–. ¿Se han dado cuenta de que hoy el sol salió por el otro lado?

–Algo extraño noté, pero mientras tengamos luz... –dijo una.

–Yo no me había dado cuenta, con tanto que tiene una que hacer... –comentó la otra.

“¡Esto no es posible!”, exclamé para mis adentros. A nadie le importaba un cambio que está muy por encima de cualquier acto humano, de cualquier comportamiento animal, un hecho inexplicable para la ciencia de una magnitud tal como si la mano de Dios hubiera sido la causante de dicho acontecer. ¡Pero no! La premiación de la película de Tom Cruise con doce Oscars parecía acaparar la atención de la sociedad más que un suceso de carácter sobrenatural; a fin de cuentas, con tal de que saliera el sol por donde fuera la vida podía continuar con las rutinas de costumbre, pues, como dijo la señora: “Mientras tengamos luz...” Ése era el sentir, por ahora, de la gran mayoría.

Tras pagar el recibo de la luz, caminé hacia el mercado para hacer la compra. Por el trayecto me encontré con un amigo y nos paramos para saludar.

–Hola, ¿cómo te va? –le dije.

–Mal, estoy de la chingada –contestó con gesto de preocupación.

–¿Y eso?

–Me dejó la Lupita...

–¡No me digas! –exclamé.

–Sí –continuó él–. Y lo peor de todo, es que no sé por qué... De repente le dio por ahí y me dejó sin ninguna explicación.

–Bueno, no te pongas así, ya se le pasará –traté de calmarle.

–Haría lo que fuera por ella –continuó–, hasta cambiar la dirección del sol.

–Entonces, ¿ya te diste cuenta? –le pregunté.

–¿Darme cuenta de qué? –preguntó, a su vez, con extrañeza.

–¡Pues que hoy el sol salió por el poniente!

–¡Qué cosas dices! Eso no es posible –respondió.

–Mira dónde está el sol... –le indiqué.

–Pues está donde siempre, ahí arriba, en lo alto...

Eran las doce del medio día y el sol, hubiera salido por el este o el oeste, ocuparía ese lugar dentro de un mismo recorrido pero en diferente dirección. Por un momento pensé que el comentario de mi amigo era debido a la ironía, pero al parecer andaba como el resto de las personas, aunque éste, por lo menos, no hizo mención alguna del prodigio cinematográfico. En la pollería (donde fui a comprar una pechuga para milanesa), el tema del día, no obstante, seguía siendo la proeza histórica de la consecución de doce Oscars por la película de Tom Cruise, lo cual, a mi parecer, ya adquiriría una dimensión casi cómica hasta el grado de percibirlo como un mal chiste: la realidad humana, simplemente, se había vulgarizado de manera inextricable.

Una vez afuera del mercado, decidí sentarme en un banco para descansar y recibir los rayos del sol. A mi lado estaba un ciego, pero no de los que se tiran al suelo o se suben a los camiones para pedir limosna, porque éste, por el contrario, se veía arreglado y bien vestido, con lentes oscuros y acompañado de un perro labrador. En las arrugas del rostro, en su barba blanca, se apreciaba el paso de los años, y sus facciones y apariencia me remitían a los filósofos de la

antigua Grecia. Con ese instinto o sentir natural que tienen los invidentes, de inmediato supo que alguien estaba a su lado, y, para iniciar alguna conversación, preguntó:

–¿Se ha dado cuenta usted de que hoy el sol salió por el poniente? Yo enseguida noté su calor templándome por el lado contrario.

“¡Vaya!”, pensé, “parece que un ciego ve algo que para la mayoría resulta insignificante, y el mundo, de pronto, recobra la cordura...”

–Sí, claro que sí... Pero parece que a nadie le importa –respondí.

–Así es... Los que tienen ojos no ven la verdadera realidad, lo importante, y reparan únicamente en lo banal, y luego discuten y pelean por cualquier cosa de orden material, estando ciegos para ver lo esencial... Ellos, en verdad, son los verdaderos ciegos –terminó por decir.

Muy ciertas me parecieron las palabras del ciego, llenas de sentido dentro del sinsentido del devenir humano, esclarecedoras de una realidad subvertida por lo superficial, cuando lo anodino permuta la esencia de cualquier fundamento.

Y ahí me entretuve un rato hablando con él, de estas cuestiones y de otras relacionadas, para luego regresar a mi casa. Por la noche, al ir a dormir, no tuve más remedio que meterme en la cama sabiendo que al día siguiente, en los diarios, aparecerían las primeras declaraciones de Tom Cruise, en grandes titulares, como primicia mundial. Pero no pasa nada, mientras tengamos luz...

LA LUZ DE TODOS MIS DÍAS

Mi número preferido es el “veinticatorce”, precisamente porque tú lo inventaste. Es la matemática fractal que se despliega hasta llegar a la ilusión, entre el contar y contar de lo factible, como ese color aún no inventado con el que cubriríamos el mundo. Entonces los pájaros nadarán por el mar y los peces surcarán los cielos, las simientes crecerán en los desiertos y el hombre dejará de ser lo que es... Ahora miro a mi alrededor, en esta ciudad tranquila que construí con mis manos, y puedo observar la copa vacía del último brindis en el que tampoco estabas, siempre ausente en el espacio pero no en mis recuerdos. Creo que nada nos alcanza cuando nos alcanza todo, porque somos invencibles, como la luz cuando acaba con la noche en todos los amaneceres ocurridos, como el rastro del tiempo que se deshace en segundos para acumularse en un número infinito, que también es nuestro, como el “veinticatorce”, como ese color aún no inventado con el que cubriríamos el mundo.

Ahora oigo el sonido de mis pies cuando caminan por el techo. Es que mi vida, desde que te fuiste, está cabeza abajo. No sé que pasó, o quizá lo sé demasiado bien, cuando se llevaron tu luz a otro lugar. Entonces llegó la noche y mi planeta cambió los polos y su gravedad, y me quedé así, en esta posición. No sé qué será mejor, si recuperar mi anterior estado o darle la vuelta a este planeta que son un sinfín de circunstancias, porque ejercí de Ícaro y ahora lo pretendo de Ave Fénix, en la creencia de que con estas alas volaré hasta el lugar donde te encuentras. Una vez allí me arrojaré en tus brazos, y tú en los míos, como cuando eras un niño de tres años, ése que corría hacia su papá con una sonrisa flotando en el espacio.

EL HECHO POÉTICO

1

No hay nada que sea algo, porque nada es nada: no hay, no está, no existe. Algo es, aunque sea inmaterial, un proyecto más allá de esa nada, esencia de lo inconcreto (no real pero existente). Algo es una concesión para que la nada pueda ser, para dejar de ser nada y ser algo. El ser constituye la diferencia entre la nada y un algo que todavía no alcanza su plenitud. Ésos son los tres estados, el camino entre lo inmaterial y lo tangible: la nada que deja de ser nada para ser algo y luego dejar de ser algo para llegar a ser.

El “hecho poético” trasciende el ser, se expresa entre líneas y subyace detrás de la palabra. Lo que sólo pretende evocar una imagen, a veces lugar manido o común, o buscar la simple armonía con la sonoridad, no adquiere el sentido poético pleno, es algo que pretende llegar a ser en caída libre hacia la nada.

2

“Todo pasa y todo queda...” Ya lo dijo Antonio Machado. Así es, somos el receptáculo de la experiencia y el suceso que absorbe a su paso para quedar. Lo importante es lo dicho y no el verso. La sustancia yace detrás de la palabra y escondida entre el juego de las ideas, eso es lo que vale: la inteligencia fractal que descompone la realidad para explicarla. La poesía no es verso ni rima, meros adornos superfluos; lo importante es la idea que se esconde en las palabras: lo que está en el fondo y se descubre por medio de la inteligencia.

ÁRBOL CÓSMICO

La nada está en el ocaso
de antes del principio,
en lo no sucedido.

Tengo mi mano cerrada
y dentro hay un árbol;
todavía no tiene:
ni tronco
ni raíces
ni hojas,
porque es una semilla.

Tengo el futuro en un puño
para decidir su destino,
sustancia contenida
que espera recorrer algún día
capilares de un laberinto.

Soy Dios de la futura vida.
Soy tiempo de mi propia decisión.
Soy espacio del lugar que busco,
y la semilla sigue
aferrada en mi mano.

El sudor la empapa
y comienza a germinar.
Un brote verde aparece entre mis dedos
buscando el aire que respiro.

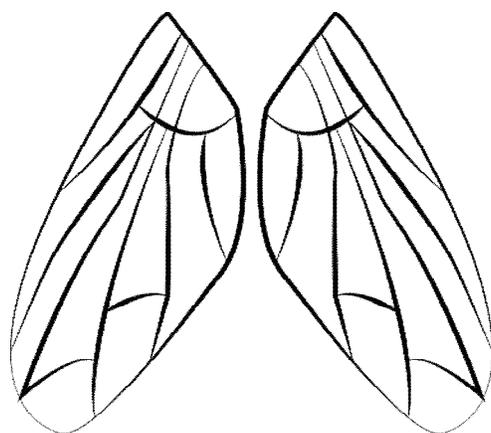
Las raíces se incrustan en la carne
y entran por mis venas;
soy el alimento, la ansiada sustancia,
que necesita la nueva vida.

Mi cuerpo se transforma en la Tierra,
un Planeta entero,
y el árbol crece en el espacio
con sus ramas hacia el infinito.

Ahora sus hojas son las estrellas
y también los planetas;
sus ramas la guía
y el tronco la base
de todo el Universo.
Y ese árbol redimido
dentro de una semilla,
es el mismo Dios que está presente,
flotando como un aura invisible,
en toda la Naturaleza.

CURRÍCULUM

Para mi madre, además de un fracasado, soy como el “ungüento amarillo”: que vale para todo pero no cura nada. Para mi padre soy el hijo desaparecido; para el resto de la familia un loco aventurero. Para mi ex mujer un inútil; para mi ex novia una mala inversión, porque mis acciones nunca suben y me pregunta: ¿Cuándo vas a ser famoso? Para mi hijo soy una voz detrás del teléfono, un padre lejano, un forzado ausente, un Rey Mago, el tesoro que le robaron, el sueño más esperado. Yo, mientras tanto, sólo espero ser algo más de lo que soy y ser, por fin, un deseo cumplido.



ALITA DE MOSCA